



RALPH BARBY

EL RAPTO DEL ALUCINADO


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

362 — El genio de la muerte, *Clark Carrados*.
363 — Una suite en el cementerio, *Adam Surray*.
364 — Contrato con el mundo del horror, *Joseph Berna*.
365 — Las maravillas de ultratumba, *Ralph Barby*.
366 — El rostro del horror, *Curtis Garland*.

RALPH BARBY

EL RAPTO DEL ALUCINADO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 367
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 814 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Era de una belleza subyugante y parecía grande, muy grande, más grande de lo habitual. Era una luna cercana, estaba en su perigeo orbital. Su luz era blanca, fríamente blanca, y se notaban con claridad unas sombras que le daban un aire misterioso y enigmático, un aire que ni siquiera el paso del hombre por su superficie había logrado desentrañar.

—No la mires tanto, que trae mala suerte —rezongó Alice.

Magda sonrió; se hallaban en el parque de aquella casa que habían alquilado para reposar. Su hermana Alice, diez años mayor que Magda, la mimada Magda, no cesaba de farfullar que no le agradaba aquel lugar solitario.

—¿Mala suerte? ¿Qué tontería dices, Alice?

—Ya, tú siempre te ríes de todo, pero algún día...

—¿Algún día, qué?

La pregunta era un desafío burlón.

—No sé, no sé, pero algún día...

—Eres una supersticiosa. ¿Qué puede pasar por mirar una luna llena tan hermosa?

—Pues...

—¡Ah!

Bruscamente, Magda pasó de la sonrisa burlona a un gesto de dolor bajando sus manos hacia su abultado vientre.

—Vamos, Magda, no trates de burlarte de mí ahora.

—No, no, es que me parece que, que...

—Qué ¿qué?

—Pues, que han comenzado los dolores.

—Si no hace los nueve meses, aún.

—¿Y si viene sietemesino?

—Por favor, no busques complicaciones. Bob está de viaje ahora y no es bueno que tengamos problemas.

—¿Es que para dar a luz las mujeres hemos de tener el marido cerca?

—Esperando en una salita, si.

—¿Y qué sabes tú, si no te has casado? ¡Ah! —volvió a quejarse antes de obtener una respuesta.

—Magda, Magda, no bromees, te lo ruego.

—Si no bromeo, es que tengo dolor.

—Dios mío, será un parto prematuro. Ya te he dicho que no miraras tanto la luna llena.

—No seas tonta. ¿Qué tiene que ver la luna llena con que yo tenga un parto prematuro?

—Nunca se sabe, avisaré al doctor.

—Quizá sea mejor que llames a una ambulancia.

—¿Tan mal te encuentras? —preguntó Alice, poniéndose más nerviosa que la propia Magda.

Alice fue al teléfono, lo descolgó y aguardó la señal, pero ésta no llegó. La hermana que ya había aceptado su soltería, insistió golpeando el teléfono.

—¿Qué sucede? —preguntó Magda que había entrado en casa caminando con cuidado.

—No hay línea. Esto de vivir lejos de la civilización, por muy sano que parezca...

—Pues, no te va a quedar otro remedio que conducir.

—¿Yo?

—No querrás que conduzca yo con los dolores, ¿verdad?

—No, claro, pero ya sabes que conduzco muy mal, todavía no entiendo cómo me dieron el carnet de conducir.

—Vamos, harás el esfuerzo. Yo no puedo conducir y creo que la criatura viene aprisa.

—Insistiremos más con el teléfono —dijo Alice, cada vez más nerviosa, mucho más nerviosa que su joven hermana que se hallaba en el difícil trance del parto prematuro.

—¿No ves que no contestan? Y los dolores son seguidos...

—Está bien, pero iremos despacio.

—Alice, no quiero tener un parto prematuro, en la carretera, ¿me oyes? No quiero morir desangrada.

—Por favor, no digas eso. Anda, coge tus cosas, yo iré sacando el coche.

Ya totalmente asustada, Alice salió de la casa con las llaves del automóvil. Cuando Magda salió á la oscura noche, el motor del vehículo runruneaba desacompasadamente.

—Tranquilízate y conduce con cuidado, no te preocupes si tengo dolores.

—¿Que no me preocupe, quién te va a cuidar?

—Vamos, pon el coche en marcha.

—Si ya está en marcha...

Con unos ruidos que nada decían del buen conducir de Alice, el auto salió del cercado y avanzó por el sendero de gravilla, un camino malo que habría de llevarlas a la vieja carretera apenas transitada.

Los faros prolongaron sus haces de luz a lo lejos; sin embargo, gracias a la claridad del plenilunio, se hubiera podido conducir sin ellos.

—¡Qué noche más clara! —comentó Magda.

—Es una noche fantasmal.

—No digas eso.

—¿Tienes más dolores?

Magda no respondió, contuvo un gemido.

Alice aceleró. Salió del camino de gravilla y se introdujo en la pésima carretera casi olvidada, llena de socavones y algunos parches con muchos años encima.

—Cuando lleguemos a la primera casa nos detendremos para llamar por

teléfono, será mejor que venga una ambulancia —insistió Alice.

—Si llamamos, tendremos que esperar y luego más tiempo de ida y habrá venido ya la criatura.

Alice pisó el acelerador y comenzó a ver pasar los árboles cerca y muy aprisa, como si quisieran tocar el coche y echárseles encima, como si aquellos troncos copudos tuvieran una vida inteligente y maligna.

Alice tuvo la impresión de que la noche se llenaba de ojos. El boscaje por donde cruzaba la carretera había robado gran parte de la claridad del plenilunio.

Magda volvió a encogerse, dolorida. Alice la miró y fue suficiente para que perdiera el control del coche. Cuando quiso rehacerse, ya era tarde. Una rueda, con luz y guardabarros, dio contra una roca maligna que salía de la montaña.

Ambas gritaron.

Alice puso el freno y, rápidamente, se inclinó sobre su hermana.

—¿Te... te encuentras bien, Magda? ¡Responde!

Magda permaneció unos segundos como encogida sobre sí misma. Al fin, con los ojos preñados de angustia, suplicó:

—Por favor, por favor, llévame a un médico, no quiero morir.

—No morirás, Magda, no morirás.

Alice trató de salir de donde estaba poniendo el coche nuevamente en marcha. Un faro estaba destrozado, el guardabarros medio hundido y la rueda reventada.

Alice logró mover el coche, pero éste hacía unos ruidos terribles. Saltó del vehículo y fue a mirar los desperfectos. Tembló al ver la rueda y el guardabarros.

Salió a la carretera y miró a un lado y a otro esperando encontrar un vehículo que les ayudara. Mas, ni una sola luz en una dirección ni en otra.

Desesperada, regresó al auto, abrió el maletero y con ayuda de la linterna, buscó herramientas. No sabía exactamente qué era lo que debía de hacer. De lo que sí estaba segura era de que tenía que hacer algo para salir del atolladero. Magda podía dar a luz de un momento a otro y estaba muy asustada.

Sacó la rueda de recambio, la hizo rodar hacia el lado averiado del automóvil y regresó a por las herramientas cogiendo el gato-mecánico y la llave para aflojar los tornillos de las ruedas. Se acordaba de la teórica recibido cuando había obtenido su carnet de conducir.

—Alice, Alice, date prisa, te lo suplico —pedía Magda en voz baja, entre sollozos, notando unos dolores intensos, profundos y muy seguidos unos de otros, advirtiéndole que el momento de dar a luz se acercaba.

Alice, ya con todo el material, de espaldas a la espesa arboleda, no sabía por dónde comenzar. Puso el «gato» debajo del coche, mas no supo colocarlo adecuadamente. No hacía calor y, sin embargo, había comenzado a sudar. Era un sudor frío.

Comenzó a dar vueltas y más vueltas a la manivela del gato-mecánico y escuchó unos chirridos que parecían gritarle que las cosas no iban muy bien. Se detuvo.

Acababa de tener la impresión de que tras ella había otra clase de ruidos, una presencia extraña. Miró con recelo, moviendo la cabeza, pero un quejido claro, salido de la garganta de su hermana, la empujó a reanudar el trabajo cuando sintió un profundísimo dolor a su espalda.

Desencajó su rostro mientras la vida se le escapaba y cayó hacia atrás, entre el coche, un árbol y unas piedras de aristas cortantes.

Magda no se enteró de lo que acababa de ocurrirle a su hermana. Su situación también era difícil. Lanzó un grito largo, muy largo, mientras un nuevo ser nacía a la vida.

Pasaron los minutos, largos, interminables. Alguien manipulaba con ella.

—¿Es niño o niña? —preguntó desfallecida, sin atreverse a abrir los ojos, deduciendo que su hermana Alice la había ayudado en el difícil trance.

Al no obtener respuesta, haciendo un gran esfuerzo, abrió los ojos. El rostro que vio ante ella, justo en el hueco de la portezuela abierta, la aterrorizó tanto que lanzó un grito de horror.

—¡Noooo!

Aquel rostro de grandes ojos que habían semejado fosforescer en la noche, se alejó, llevándose al bebé.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Magda saltó del vehículo para correr tras el ladrón del ser que acababa de dar a luz.

—¡Nooo, nooo! —gritaba mientras la figura oscura y maligna se perdía entre los troncos de los árboles, confundiéndose con ellos.

Magda sintió una punzada y luego, un profundo dolor que la hizo caer de bruces. Notó entonces que la sangre escapaba de su cuerpo mientras una sensación de impotencia y abandono la invadía.

Crispó sus puños, asió la hierba al pie de un árbol y proyectó la mirada en torno suyo.

Sólo consiguió ver aquella luna grande, muy redonda y diabólica, que semejaba burlarse de ella. Dobló la cabeza y ya sin rabia, sin violencia, carente de fuerzas para reaccionar, fue cerrando los ojos mientras una especie de rumor, rugido o quizá aullido, se desplazaba por las montañas filtrándose entre los árboles, rebotando contra las Tocas, asustando a las pequeñas bestias del bosque, y no era el viento.

Una calma pesada aplastaba a los seres vivos mientras un coche averiado seguía en la cuneta.

CAPITULO II

Los perros policías rastreaban el bosque. Una ambulancia se había llevado los cuerpos, uno de ellos sin vida. El otro, apenas tenía un hálito.

—Me parece que va a ser inútil seguir buscando —opinó el oficial de la policía.

Bob Warner tenía el rostro más sombrío de su vida. La congoja había hundido sus zarpas en la garganta del hombre que deseaba seguir con su automóvil tras la ambulancia para no alejarse de su mujer que agonizaba, pero también algo le obligaba a quedarse allí con la policía.

—Ella ha dado a luz, la criatura debe estar en alguna parte.

El oficial de la policía le observó a la luz de aquel día plomizo, con una sensación de lluvia que casi se olía antes de caer. Un viento que pasaba de suave a fuerte bajaba del norte, de las montañas más altas.

—Usted mismo ha dicho que ha tenido que ser un parto prematuro.

—Así es. No creí que fuera a suceder esto, por ello no estaba cerca de mi esposa.

—Si la criatura ha nacido escasa de peso, ha podido ser fácil presa de una bestia del bosque. La madre estaba agonizando, perdía sangre y las bestias carniceras huelen la sangre de lejos

—No, no es posible que se la haya llevado una bestia, no es posible —denegó Bob Warner.

—Pues, es la única explicación lógica. No obstante, usted mismo puede ver que se está haciendo todo lo posible. Los perros rastrean la zorra y si hay algún lobo, algún zorro grande, un lince solitario o algún oso, que de todo puede haber, daremos con él, aunque, desgraciadamente, si ha devorado a la criatura nada podremos hacer.

—Hay que encontrarla.

—Es obvio que el bebé ha nacido, míster Warner, pero jurídicamente no existe.

—¿Cómo que no existe?

—No está registrado en parte alguna.

—Pero, es un ser vivo.

—Lo sé, lo sé, pero de momento no existe. Eso no quiere decir que nosotros no vayamos a rastrear la zona, todo lo contrario.

—¿No le parece que lo ocurrido aquí es muy sospechoso?

—Eso lo determinará un juez. Ha habido una muerte y la esposa de usted está muy grave. Todos deseamos que recobre el conocimiento para que pueda explicar lo sucedido, pero todo tiene las trazas de Ser una de esas situaciones extrañas en que se encadenan las circunstancias para crear una tragedia detrás de otra. Es como si el mismísimo diablo interviniera para que todo saliera mal.

—Son demasiadas casualidades —gruñó Bob Warner, preparando un

cigarrillo que se llevó a los labios. Lo encendió con la llama del mechero que le acercó el oficial de la policía.

—Mí mujer sobrevivirá a esta situación. La conozco, es muy vital y ella explicará lo ocurrido.

—Sí, será lo mejor —asintió el oficial de policía, viendo que comenzaba a llover.

—La muerte de mi cuñada ha sido demasiado extraña, demasiado.

—Sufrieron una colisión con el automóvil; por lo visto, era una mujer que no conducía muy bien.

—Su hermana, es decir, mi esposa, pasaba por un trance difícil.

—Razón de más para conducir con mayor tiento. Luego, trató de solucionar la avería, lo cual quedaba lejos de sus posibilidades físicas y en un violento esfuerzo mientras trataba de levantar el coche o abrir el guardabarros para que saliera la rueda, cayó hacia atrás y ese pedazo de roca puntiaguda, de aristas cortantes, se le clavó en la base de la nuca, debió de ser una muerte instantánea. Ahora, me parece que deberemos suspender el rastreo; lloviendo, los perros no van a poder seguir trabajando.

—Está bien, me voy hacia la clínica. Creo que daré alcance a la ambulancia antes de que llegue.

—Debería retenerle el carnet por lo que ha dicho. Presumo que va a rebasar los límites de velocidad y otras señales de tráfico.

—Iré veloz, pero prometo respetar el código.

—Le tomo la promesa, no haga locuras y conservará la vida. Piense que en estos momentos, su esposa le necesita.

Bob Warner estrechó la mano del oficial de policía y mientras la lluvia arreciaba, subió a su automóvil. Lo puso en marcha y se alejó con rapidez. Sólo la idea fija de recuperar la criatura o de averiguar qué había ocurrido con ella, pues su esposa iba a sentirse terriblemente afectada cuando despertara, si es que conseguía sobrevivir, había retenido a Bob Warner en el bosque en vez de salir corriendo con la ambulancia.

Estaba seguro de que su esposa recibiría los mejores cuidados médicos en una buena clínica; en cambio, la criatura, ¿dónde estaba? ¿Habría muerto efectivamente entre las fauces de una fiera carnicera surgida de las entrañas del espeso bosque?

Todo había ocurrido tan rápida e inesperadamente que era como una pesadilla y meditando sobre ella, hundió el acelerador pisándolo con firmeza.

* * *

Más que un hostal, era una posada. Antigua pero resistente, la edificación de hospedaje se hallaba enclavada en el centro de la pequeña villa.

El establecimiento funcionaba casi exclusivamente para albergar a transeúntes, gente de paso o representantes de comercio que hacían la ruta.

La villa había venido a menos y no eran pocas las casas que tenían sus

puertas cerradas con gruesos candados.

Sus propietarios, pese a alejarse, no deseaban que los intrusos se introdujeran en aquellas casas heredadas de sus ancestros, casas tan antiguas que muchas de ellas no se sabía ni la fecha de construcción.

Los posaderos, un matrimonio con infinidad de achaques que había visto desaparecer a su descendencia, dos hijos muertos y cuatro que habían preferido las ciudades para desarrollar sus vidas, acababan de verse un tanto desbordados por la llegada del profesor Xamery y sus discípulos.

Las gentes del lugar no terminaban de entender a aquellos personajes que salían de las universidades ciudadanas para escudriñar lo que ellos ya habían olvidado.

—¿De verdad no va nadie por las ruinas? —preguntó el profesor Xamery con su voz cascada mirando a través de sus anteojos redondos al posadero que semejaba somnoliento, como si no oyera lo que le estaban diciendo.

—Pues, no. ¿Qué iban a hacer allá?

Antes de que nadie añadiera nada, la posadera respondió:

—Por aquellos bosques de la falda de la montaña iban a cazar venados, pero ahora ya no va casi nadie, sólo alguno de los que se fueron a la ciudad y regresa para pasar unos días de vacaciones, pero ya no andan como cuando estaban aquí y los caminos en aquella dirección son muy malos, no llegan los coches.

—¿Y los jeeps?»—preguntó Eleonor, una de las discípulas del profesor Xamery, la más alta, la más rubia, la que tenía un aspecto más ario.

La posadera miró a su marido y éste se encogió de hombros antes de decir:

—Hace tanto tiempo que no va nadie por allá que por donde pasaban las caballerías han crecido árboles y grandes arbustos. Es difícil seguir los caminos.

—Pues nosotros iremos —dijo el profesor Xamery—. Para eso hemos llegado hasta aquí.

—Haremos un pequeño campamento hasta donde llegue nuestro jeep.

La posadera miró en derredor como si temiera ser oída; luego, se inclinó hacia adelante, y dijo:

—No vayan.

—¿Por qué? —preguntó Esther, morena, menuda, delgada, de cara redondeada y labios carnosos.

—Allí vive el loco.

—No te metas en esos asuntos —la reconvino su marido.

La posadera miró a su cónyuge casi con reproche.

—¿Es que crees que no hay que advertirles? Luego se toparán con él.

Franciscus, uno de los cuatro discípulos que viajaban en aquella expedición con el profesor Xamery, el único varón, pues las otras tres eran mujeres, inquirió:

—¿Quién es el loco?

Las ventanillas de la nariz del posadero se abrieron para aspirar con fuerza

pero sin hacer gestos con su rostro; era como si hubiera tomado una grave decisión antes de hablar.

—No se sabe quién es, ni si existe en realidad. Algunos que se han acercado por allí dicen que lo han visto entre las ruinas, siempre de lejos. Algunos no están seguros de si han sufrido alucinaciones, pero se ha creado la leyenda de que allá habita el loco.

—¿Desde cuándo? —trató de concretar el profesor Xamery.

Ahora fue el posadero quien miró interrogante a su mujer y ésta dio la respuesta que todos esperaban oír.

—Desde que murió Koswer.

—¿Desde que murió Koswer? —repitió el profesor Xamery con gesto incrédulo.

La posadera reafirmó su respuesta con vivos movimientos de cabeza y agregó:

—Sí, desde que desapareció Koswer. Dicen que murió quemado, pero nadie halló sus restos.

—Según mis datos, Koswer murió hace doscientos veintitrés años. —Mostró sus notas, agregando—: A menos de que haya habido otro Koswer —dijo el posadero—. Y será mejor que les atendamos como merecen.

El posadero tomó a su esposa por el brazo y se llevó del gran comedor de la posada.

—Profesor, ¿qué hay de cierto en todo lo que han dicho? —preguntó Diana, una muchacha de formas pronunciadas, cabello castaño rojizo y algunas pecas en su rostro que le daban un aire simpático.

Solía utilizar unas gafas muy grandes, de escasa graduación, que ella opinaba le daban un aire más intelectual y tanto se había acostumbrado a ellas, que cuando se las quitaba bizqueaba ligeramente.

—Leyendas, leyendas que se transmiten de padres a hijos. Luego, cuando haces las investigaciones con rigor, no sueles encontrar a nadie que haya visto al fantasma. No son pocos los castillos ruinosos, los caserones abandonados o los conventos olvidados que tienen su fantasma, su loco, su leyenda. Nosotros somos historiadores y hemos de buscar pruebas.

Otra cosa sería recrear una leyenda; sin embargo, hay que oír todas las leyendas porque en ellas siempre o casi siempre hay un fondo de verdad, una verdad distorsionada.

—Pero ¿cree que encontraremos a un loco? —preguntó Eleonor.

—Si encontramos a alguien, es posible que sea un anacoreta solitario. Nunca faltan los que buscan lugares solitarios para aislarse del mundo y los parajes cargados de leyendas a los que los lugareños no suelen acercarse, son los sitios más aptos para esa clase de gente. Pero, no temáis, son inofensivos. Yo he encontrado a tres en mi larga vida de historiador y los tres han sido pacíficos, bellísimas personas. Creo que los locos somos los que quedamos en las ciudades y no ellos que huyen del cemento y el asfalto.

—Si encontramos a ese anacoreta, le haremos unas fotografías y lo

sacaremos en la revista de la universidad —opinó la morena Esther.

—¿Cuándo partiremos hacia ese lugar? —preguntó Franciscus.

—Como por lo que parece el camino está difícil, tú y una de tus compañeras podéis partir en el jeep hasta donde sea posible llegar sobre ruedas. Ya tenemos los mapas y la señalización del camino. Observáis sus dificultades y contáis los kilómetros. De esta forma, por diferencias, conoceremos lo que nos resta de camino hasta llegar a las ruinas que vamos a estudiar. Este ha de ser un buen trabajo. Poseemos ya muchos datos de archivo y mediante el examen de las ruinas, veremos cuáles de estos datos pueden ser ciertos y cuáles no.

—¿Cree que podremos hacer esa selección? —preguntó Diana.

—Sí, aunque, como es lógico, hay que poseer unos conocimientos. Existen determinadas formas de trabajar piedras con la numeración del año en que fueron colocadas, estilos de época, todo eso lo habéis estudiado bien.

—Es cierto, profesor —admitió Diana—, pero todo eso sirve cuando la edificación, sea castillo, convento o caserón, se conserva en pie, pero una especie de caserón-convento que se quemó hace más de doscientos años...

—Ahí está el mérito del estudio —le objetó el profesor Xamery—. Hace tiempo que os propuse este trabajo; diez alumnos aceptaron venir, pero al final, sólo cuatro habéis venido. —Suspiró—. Siempre ocurre lo mismo. Cuando llega la hora de la verdad, muchos prefieren olvidar lo que han dicho.

—¿Cada curso hace un trabajo de esta clase?

—Así es, Esther. La práctica es la mejor forma de aprender. Aquí se aúna el trabajo de la teórica con la práctica, no siempre se consigue un trabajo espectacular. En ocasiones, las pruebas no son fáciles de hallar o simplemente las piedras han sido hurtadas por gente que se las ha llevado para sus casas privadas. Pero, siempre se inicia el trabajo con ilusión. Después de todo, dos semanas no es mucho para escudriñar todas las piedras de unas ruinas, perdiendo ya dos días completos para llegar más otros tantos de vuelta.

—Entonces, ¿vendrás conmigo, Diana? —preguntó Franciscus.

La muchachita de rostro pecoso asintió.

—Sí.

—Y las demás, ¿qué haremos? —quiso saber Eleonor.

—Haremos más preguntas por aquí y no os extrañéis si los habitantes de este lugar se muestran herméticos. Pese a todo, hay que preguntar y confrontar leyendas por si hay variaciones o coincidencias.

El profesor Xamery siguió preparando el plan a seguir en aquella investigación.

Les fue servida la cena y el profesor, más locuaz que de costumbre, siguió hablando. Quizá tuviera la culpa aquel vino abundante y espeso que les habían servido y que nadie rechazó.

Estaba un tanto desconocido para sus alumnos que comenzaban a notar la pesadez del viaje; no había sido fácil llegar hasta allí.

Esther se levantó de la mesa, sentía su frente como enfebrecida.

También ella había notado que bebía con excesiva ligereza aquel vino denso que semejaba sangre y deseaba remojarse la cara con el agua fresca, casi helada, que los posaderos extraían de su propio pozo.

Al llegar junto a la cocina, caminando sin hacer ruido apenas gracias a los mocasines que calzaba, sorprendió el diálogo, casi cuchicheo, entre los posaderos.

—Si se encuentran con el loco, caerán bajo su maldición —dijo la mujer en un tono que a Esther le pareció de absoluto convencimiento; aquella mujer no hablaba por hablar.

—Yo no he creído nunca en el loco de las ruinas.

—Tú eres un incrédulo, pero ¿y quiénes lo han visto? Algunos han llegado aquí delirando, perdidos días y días por los bosques.

—Mujer, no cuentes todo eso a los forasteros porque te van a tomar a ti por loca. Poca gente viene ya por esta villa y menos va a venir si esas historias se propagan, aunque nunca se sabe, quizá vinieran más, atraídos por una curiosidad morbosa.

—Tú no crees, pero ¿y aquel hombre que llegó con los ojos quemados, ciego, diciendo que había sido el loco?

—De eso hace años, muchos años, tantos años que ya no sé si me lo contaron o lo vi con estos ojos que tengo.

—Éramos niños, pero yo me acuerdo perfectamente de aquel desgraciado. ¿Y otros que partieron de aquí hacia las ruinas y que ya no volvieron jamás?

—Pudieron tomar distintos caminos y marchar hacia el otro lado de la sierra. Es más lógico pensar eso que lo que tú imaginas, mujer.

—¡Búrlate, pero tú no eres capaz de ir allá!

—Algún día iré, cuando ya esté cansado de vivir.

—Si llega ese momento, que lo dudo, no cuentes conmigo para que te acompañe. Si he de morir, prefiero hacerlo en el banco de la iglesia y no caer en las garras de Satanás.

—Eres supersticiosa, mujer.

Esther oyó el ruido de los pasos acercándose a la puerta y para no ser sorprendida escuchando, se introdujo en el anticuado cuarto de aseo.

CAPITULO III

Franciscus era un hombre algo nervioso conduciendo, quizá se debía a su juventud, aunque por su aspecto físico, incluida la barba, parecía más mayor de lo que realmente era.

—Ten cuidado, que no quiero mojarme —advirtió Diana al ver el arroyo, casi un riachuelo. Era ancho, pero no tenía más de un palmo de profundidad.

—El agua baja limpia y no se ve ningún bache profundo para que se quede clavado el jeep.

Puso la marcha corta y avanzó por el agua saliendo a la otra orilla sin contratiempo alguno.

—En los días de tormenta, como no hay puente, deberían de quedar aislados —comentó Diana.

—Sí, este arroyo baja de las montañas y en días de tormenta tendrá fuertes crecidas.

No podía decirse que el camino no fuera ancho, el jeep cabía bien, pero en algunos puntos había que evitar que las ruedas se introdujeran en las rodadas hechas por carruajes de tiro de caballos y bueyes hacía años, cientos de años, rodadas que habían marcado y profundizado la piedra; sin embargo, en otros lugares, estas rodadas habían desaparecido porque la tierra arrastrada por las lluvias las había cubierto.

—Es una buena excursión —opinó Franciscus.

—No llevamos la cesta con la merienda —objetó Diana, risueña.

—Pero sí llevamos una manta para tendernos en el bosque.

Diana lo miró de reojo.

—Será mejor que lo olvides —replicó—, no estamos aquí para jugar, sino para inspeccionar la ruta.

—Diana, no siempre se tiene la oportunidad de decir lo que uno piensa.

—Franciscus, será mejor que no continúes.

—No te he pedido nada aún.

—Pero te huelo.

—¿No te caigo bien?

—A eso se le llama hacer una pregunta directa.

—Pero tú no me has dado una respuesta también directa.

—¿Por qué no lo dejamos?

—Mira, Diana, me interesa mucho lo que puedo aprender del profesor Xamery, aunque para mí que está un poco chiflado.

—¡Franciscus! —exclamó, escandalizada.

—¿Qué?

El jeep dio un salto y Diana tuvo que agarrarse antes de poder responder.

—Creí que estimabas al profesor y que te interesaban esta clase de trabajos.

—He venido aquí porque venías tú.

—No me digas.
—No te lo creas si no quieres. Iba a renunciar como Willy y como Charles; ellos me dijeron que era bueno aprender pero que no había que pasarse, pero al saber que venías tú...
—Franciscus, me preocupa esta situación. Yo, yo...
—No habías pensado en mí, claro.
—No, no es eso.
—¿Qué es, entonces?
—No sé, a mí me gustan los muchachos, como a Esther o como a Eleonor.
—Pero, te gusta otro en especial.
—Tampoco es eso.
—No me digas que te has enamorado del profesor Xamery...
Diana se echó a reír. De pronto, gritó:
—¡Cuidado, cuidado, que chocamos!
El fortísimo parachoques del jeep se llevó por delante el grueso arbusto que había crecido en mitad del camino.
—Este cacharro lo rebasa todo —se rió Franciscus, viendo que tras ellos quedaba aplastado el arbusto que habían barrido los bajos del jeep sin causarle el menor daño, un arbusto que ya con los troncos astillados fue incapaz de recuperar su verticalidad, quedando sobre el camino.
—En adelante, ten cuidado, no sea cosa que no consigamos tener tanta suerte.
—Parece que por aquí se han acercado menos exploradores. El monte bajo cada vez se hace más espeso y hasta algunos arbolitos invaden el camino.
Llegó un momento en que quedaron totalmente rodeados de vegetación. Diana preguntó:
—¿Estás seguro de que no nos hemos perdido?
Franciscus levantó la cabeza por encima del parabrisas y miró en derredor con el jeep detenido. Se hallaba en una situación como si hubiera penetrado en el seno del bosque, abandonando el camino.
—Estoy seguro de que seguíamos por el camino, aunque apenas se ve.
—¿Que apenas se ve? Yo no veo nada.
—Sí, mujer. Retrocediendo sobre nuestras propias rodadas, llegaríamos al camino visible, pero es mejor que sigamos adelante hasta lo alto de la pendiente.
—¿Para qué?
—Para ver hasta dónde podemos llegar.
Diana miró, preocupada, la pendiente llena de vegetación.
—¿Crees que pasará?
—Sí. Con el paso del tiempo, la naturaleza se ha comido el camino, pero está debajo de nosotros. Si cuando lleguemos arriba está igual, marcaremos el lugar y daremos la vuelta. Lo que sí parece seguro es que por aquí no ha pasado un vehículo en mucho tiempo y yo juraría que ni siquiera un pie humano.

El vehículo, un poderoso «todo terreno» con una considerable altura entre el suelo y sus bajos, siguió avanzando, aplastando matas y matorrales. El lugar no parecía rocoso y ello era un alivio.

—¿Y si el camino aquí daba un giro? —preguntó Diana.

—Pues, no lo veremos.

El jeep, ahora muy despacio y con el reductor de velocidad colocado en la primera marcha, continuó avanzando lentamente como si fuera un bulldozer abriendo camino hasta que logró llegar a lo alto de lo que era una suave colina.

—¡Mira, mira! —exclamó Diana, sorprendida y alborozada.

—Sí, ya lo veo, son las ruinas del convento. No puedes decir que me haya perdido.

—No, pero creo que con el jeep va a resultar difícil avanzar más.

Las ruinas de lo que un día ya muy lejano semejaba un convento, se hallaban en lo alto de un picacho rocoso donde algunos árboles crecían en lugares inverosímiles.

El lugar parecía inaccesible y desde donde se hallaban, mucho más.

El picacho quedaba a la izquierda. Frente a ellos había un monte que de tanta arboleda como tenía, se venía muy oscuro. Las hojas de los árboles, a distancia, semejaban verdinegras.

—Habrá que descender al valle —opinó Franciscus—. Seguiré por la falda de la montaña y después, habrá que buscar el camino de subida.

—¿Quieres decir que subirían carros allá? —preguntó Diana, incrédula.

—No creo. En su tiempo subirían los suministros con mulas en alforjas. De este modo, ese convento quedaba muy inaccesible a los ataques por sorpresa.

—Como convento, fue abandonado hace muchos siglos y luego, por lo visto, lo compró la familia Koswer, llegados del Este, verdaderos extranjeros en estos parajes. Aquí murió el último de los Koswer, llamado también el brujo o alquimista, que para el vulgo eran cosas semejantes —comentó Diana sin dejar de mirar hacia el castillo-convento, lejano en línea recta y mucho más lejano si había que pensar en llegar hasta él caminando.

—Este es un buen lugar para establecer el campamento intermedio, pero habrá que traer agua —observó Franciscus.

Abajo, separando las montañas, debía haber un cauce de agua, pero el boscaje no dejaba verlo. El hombre se volvió hacia Diana, la tenía al alcance de su mano.

—¿Qué te parece este lugar?

—Muy salvaje. No es un lugar de fieras, pero es como si aquí jamás hubiera de llegar la civilización. Las ruinas sobre el picacho rocoso no rompen este encanto. Si tú y yo nos desnudáramos y echáramos el jeep hacia atrás, sería como atravesar el túnel del tiempo y regresar al pasado. Aquí no hay trenes ni camiones, no nos sobrevuelan los aviones a reacción.

—¿Por qué no lo hacemos?

—¿El qué?

—Desnudarnos.
—No seas tonto.
Franciscus, dejándose llevar por la soledad del lugar, por la proximidad de la mujer que le gustaba, la rodeó con su brazo y la atrajo hacia sí. Diana volvió la cabeza esquivando el beso; no hubo violencia en su gesto.
—¿Me tienes miedo, Diana?
—No, porque sé que eres un buen muchacho.
A Franciscus le molestó aquella calma, rayana en la indiferencia.
—Buen muchacho es lo mismo que decir tonto.
—No, no —repuso ella, mirándole al rostro, un rostro que ya tenía muy cerca, pues su cuerpo seguía estrechando contra el de él.
—Te voy a besar, Diana.
—¿Y qué sacarás con ello?
—No lo sé, pero tengo que besarte.
—¿Si no lo haces revientas?
—Quizá.
Los ojos de Franciscus brillaron enfebrecidos. La joven comprendió que no era el momento de irritarle y dejó que la besara, pero no se entregó a la caricia.
—¿Satisfecho ya?
El suspiró antes de preguntar:
—¿Por qué no me quieres, Diana?
—No lo sé, es posible que algún día cambie de opinión, quizá mañana sí te quiera. Eres un muchacho que vale mucho.
Alzó las manos, le cogió la cara y con un gesto que dominó a Franciscus, le dio un beso fugaz en los labios.
—¿Qué he de hacer para que me quieras?
De pronto, Diana cambió de actitud. Se quedó mirando obsesivamente hacia las ruinas que se veían lejanas.
—Franciscus...
Su voz estaba cargada de angustia.
—¿Qué te sucede, qué has visto?
—Nos mira.
—¿Quién? No veo a nadie —observó Franciscus mirando en torno suyo en todas direcciones.
—En las ruinas.
—Imposible.
—Te digo que sí, desde allí nos están mirando.
—A la distancia que estamos, tú no puedes ver a nadie en esas ruinas, están demasiado lejos.
—No sé cómo explicártelo, pero estoy segura de que nos miran.
—Yo no veo nada, es imposible. Harían falta unos prismáticos de, largo alcance.
Sin dejar de mirar hacia las ruinas, lejanas y solitarias, Diana repitió:

—Tengo miedo Franciscus, tengo miedo, vámonos.
—¿Es posible que siendo una estudiante de filología tengas miedo de unas ruinas?
—Allí hay alguien, Franciscus, te repito que hay alguien que nos mira. Sus oíos están fijos en nosotros.
—Si nosotros no le vemos, él no nos puede ver a nosotros, Diana. —Forzó una corta carcajada y añadió burlón—: ¿Te has creído la leyenda de! loco?
—¿Y si fuera alguien peor que un loco?
—¿Peor que un loco?
—Sí, algo diabólico. Ahora creo que esas leyendas sobre el loco de las ruinas tienen algo de verdad, vámonos.
—Diana, ¿te burlas de mí? Hemos de volver aquí con el profesor, ¿no tendrás miedo entonces?
—Estando todos juntos, creo que no, pero ahora vámonos.
Franciscus dudó. No acababa de creerse lo que decía Diana, pero la veía asustada y hubiera jurado que no mentía.
—Está bien, le daremos la vuelta al jeep y regresaremos. Ahora ya conocemos la distancia y que aquí podemos montar un campamento.
De forma sorprendente, se levantó un viento brusco y fuerte, un viento que arrancaba del fondo de los barrancos y ascendía como si brotara de las entrañas de la tierra, un viento que azotó los árboles obligándoles a mecerse, a doblar sus ramas.
Diana, que llevaba una gorrita con visera sobre la cabeza, se quedó sin ella a causa de la ráfaga que se la arrancó. La joven se revolvió y fue a por ella, mas el viento alejaba la gorrita hacia la pendiente en forma peligrosa.
—¡Diana, no sigas, es peligroso, puedes caer!
La gorrita de ropa tejana quedó sujeta a una mata. Otra fortísima y ululante ráfaga de viento empujó por la espalda a Diana, precipitándola hacia el barranco, lo que parecía absurdo debido a la aparente procedencia del viento; era como si tuviera grandes remolinos.
—¡Franciscus!
El joven vio como Diana se cogía a las matas para no ser arrastrada hacia el fondo del barranco. Era como si un poder invisible la succionase, llevándosela consigo.
El cielo estaba despejado; sin embargo, el viento era de tempestad, ululaba. Gemía según por donde se filtrase.
Franciscus también notaba la fuerza de aquel viento sobre su persona y corrió en ayuda de Diana, agarrándola por las muñecas para evitar que se deslizase pendiente abajo, pues luego habría de caer en una vertical en cuyo fondo se erizaban las rocas.
—¡Franciscus, ayúdame! —suplicó la muchacha, aterrada.
El viento luchaba contra ellos. Era una fuerza invisible, aunque sí veían sus efectos y también lo oían con una claridad ensordecedora.
Franciscus consiguió rescatar a Diana de su difícil situación. La cogió por

la cintura y la ayudó a llegar al jeep.

—¡Ponte el cinturón de seguridad! —le gritó Franciscus para hacerse oír.

El jeep reaccionó bien, el motor rugió y Franciscus consiguió darle la vuelta e iniciar el camino de regreso. Casi inmediatamente, cuando dejaron de ver las ruinas situadas sobre el picacho, cesó el ventarrón y les rodeó una pegajosa calma, una calma que nada tenía que ver con el viento que había estado a punto de arrojar a Diana al abismo.

—Bueno, esto va bien —suspiró Franciscus, seguro de dominar el jeep.

Diana miró atrás, hacia lo alto de la suave colina, y preguntó:

—¿Lo que ha sucedido ha sido verdad o una pesadilla?

—Bah, sólo ha sido un viento que se ha elevado de pronto. No creo que sea nada extraordinario si tenemos en cuenta que nos hallamos en medio de las montañas.

Sin embargo, Diana no había recobrado aquella tranquilidad que parecía tener Franciscus.

Volvió a mirar atrás como temiendo que, de un instante a otro, por el camino en el que quedaban impresas las huellas de los neumáticos del jeep, fuera a aparecer un espectro, algo que no sabía qué era, pero a lo que ya le tenía pavor.

CAPITULO IV

El automóvil, arrastrando la roulotte, arribó a la villa. Quizá aquélla fuera la primera roulotte que se veía en aquel lugar.

Bob Warner maniobró con el volante hasta situar el automóvil y la roulotte junto a la pared de la posada. Detuvo el motor y quitó las llaves del contacto. Se apeó del vehículo, lo rodeó y se enfrentó con la puerta de la roulotte, abriendo la puerta con el llavín que llevaba consigo.

La casita rodante tenía un olor perfumado, era olor de mujer. Bob abrió otra puerta, la que cerraba la mini-habitación donde había una cama amplia y miró a Magda.

Quieta, lánguida, con los ojos cerrados, mostraba una palidez que infundía temor.

—¿Cómo estás, Magda? Sé que no puedes responderme, pero te recuperarás, verás cómo te repondrás. Sé que tu mente no está dormida, que me oyes aunque tu cuerpo no responda. Vive, Magda, vive. Sea lo que sea lo que sucedió, tienes que afrontarlo y olvidarlo, debes vencerte a ti misma.

Se inclinó sobre el rostro femenino y depositó un suave beso en su boca. Volvió a cerrar la puerta, salió de la roulotte y entró en la posada.

El viejo propietario semejaba esperarle

—Tengo todas las habitaciones ocupadas —dijo.

—No importa —le respondió Bob Warner, sin molestarse lo más mínimo —. Tengo cama en mi roulotte, lo que quisiera es poder comer.

—¿Viene solo?

—Como si fuera solo. Mi esposa está convaleciente y por desgracia no puede tomar los alimentos como yo.

—¿Está su esposa en la casita con ruedas? —preguntó el posadero, señalándola.

—Sí, y agradeceré que nadie la moleste.

Eleonor, que había oído la explicación, se levantó de su silla y acercándose al recién llegado dijo:

—Si su esposa está mal podemos cederle una habitación.

—No, no. Gracias, señorita, ella está bien donde está.

—Por su parte, el posadero inquirió, interesado:

—¿La ha visitado el médico?

—Hemos salido de la clínica hace poco. Nosotros teníamos alquilado un chalet al otro lado de las montañas.

El profesor Xamery, que había permanecido callado hasta aquellos momentos, le preguntó:

—Disculpe mi intromisión, pero ¿conoce usted estos parajes?

—Poco.

—Qué lástima.

—¿Por qué? —interrogó Bob Warner.

—Creí que podía saber algo sobre las ruinas, estamos interesados en la historia de las mismas.

—¿Las ruinas del convento?

—Sí, ¿las conoce?

—No, pero estoy muy interesado en verlas.

El posadero le miró con recelo. Eleonor no se alejó, parecía querer hacerse ver del recién llegado, un hombre alto, de constitución atlética y bien formado, un hombre atractivo de actitud resuelta y gesto duro. Carecía de las vacilaciones normales en sus compañeros de universidad.

—Oí comentar a alguien que allí habita un loco, aunque la policía parece opinar lo contrario —dijo Bob Warner.

—¿La policía? —preguntó el profesor Xamery.

—Sí, la policía. —Bob Warner, en vez de dejarse interrogar, pasó él a preguntar, dominando la situación—: ¿Van ustedes a las ruinas?

—Pues sí, ésa es nuestra intención. Lo hemos preparado todo desde hace tiempo para llegar a ese lugar.

Franciscus, que seguía el diálogo desde la mesa, intervino:

—El camino es muy malo, con el jeep sólo se puede llegar hasta el sitio donde pensamos establecer el campamento. Luego, habrá que seguir caminando.

—¿Tiene usted mulas? —preguntó Bob Warner al posadero.

—No, hace tiempo que no las utilizamos por aquí.

—Está bien. Mi coche es resistente y llegará adonde llegue el jeep.

—Y si no llega, con el jeep le echaremos una mano —propuso Eleonor qué rápidamente, miró al profesor—. ¿No es cierto?

—Sí, ¿por qué no? Hay que ayudar al prójimo. —Chupó de su pipa, inclinando la cabeza como para meditar su siguiente pregunta—. ¿Por qué dice que la policía no cree que allí viva un loco?

—Porque así me lo ha hecho saber.

—Disculpe que fe parezca entrometido, pero ¿por qué no le ha insistido usted a la policía respecto a que puede haber un loco solitario?

—Preguntando, he oído contar la historia o leyenda del loco de las ruinas del convento, aunque la verdad es que no creo en su existencia.

—¿Por qué no? —inquirió ahora la menuda Esther.

—Porque según lo que cuentan, vive ahí desde hace dos siglos y por muy longevo que fuera, eso es imposible. Sin embargo, quiero asegurarme por mí mismo de que no existe.

—¿Míster...?

—Warner, Bob Warner y si me permiten unirme a su expedición y como vamos a tratarnos más, con Bob será más que suficiente.

—De acuerdo, Bob, yo me llamo Xamery.

—Y yo, Eleonor —le dijo la alta y espigada rubia que parecía más interesada en hacer notar la belleza de sus redondeces femeninas, su atractivo sensual, que de investigar una historia que posiblemente le interesaba muy

poco.

—Franciscus.

—Esther —se presentaron los otros.

El profesor Xamery añadió:

—Falta otra muchacha que se llama Diana.

Franciscus aclaró:

—Se sintió algo afectada al acercarnos a las ruinas.

—¿Han ido ya a las ruinas? —preguntó Bob, interesado.

—No, todavía no —respondió Franciscus—, pero con el jeep nos hemos adelantado para tantear el camino.

—Si la muchacha se encuentra mal, en la roulotte tengo una cama para ella.

—Creo que no hará falta —objetó el profesor Xamery—. Sólo está algo fatigada. Ha estado a punto de caer al abismo por culpa de un ventarrón súbito. Es lógico que se asustara, pero se le pasará.

—¿Un ventarrón súbito, dice?

Todos miraron a Franciscus que explicó:

—Sí, ha sido muy inesperado, pero yo que estaba con ella no creo que se deba a ningún fantasma ni a locos soplando.

—Perdonen ustedes que me entrometa —dijo entonces el posadero—, pero será mejor para todos ustedes que olviden su deseo de ir a las ruinas. Nadie de aquí iría a ese lugar para curiosear.

—¿Y la policía tampoco? —preguntó Bob.

—Que yo recuerde, la policía ha ido en alguna ocasión porque de allí se han contado hechos muy extraños y diabólicos. La policía nunca ha encontrado nada y hay quienes opinan que los policías no llegaron a las ruinas, que se quedaron a mitad de camino y por eso no encontraron nada.

—Cuando regresemos, habremos hecho un excelente trabajo y se comprobará que nada de lo que cuentan es cierto, sólo leyendas —dijo el profesor Xamery sosteniendo su pipa en el hueco de la mano como temeroso de que fuera a romperse. Después de todo, no era una pipa común, de madera.

—Todos creen que hay un loco allá, ¿no es cierto? —preguntó Bob Warner al posadero.

—Sí, sí lo creemos.

—¿Cómo es?

El posadero, con un gesto ambiguo, se encogió de hombros.

—Yo no lo he visto, ni ganas.

Esther intervino para explicar:

—Nadie dice haberlo visto, pero todos creen en él. Al parecer, algunas personas que han ido a las ruinas no han vuelto.

—Yo iré, volveré y sabré si hay un loco o no.

—Míster Warner, o Bob, como prefiera, da la impresión de que tiene usted más interés en encontrar a ese loco del que habla la leyenda que de visitar las ruinas.

—Las ruinas no me interesan nada, disculpen. —Volvió a encararse con el posadero para preguntarle—: ¿Puede prepararme la cena?

—¿Para dos?

—No, para uno. Volveré dentro de una hora. —Miró a los demás y agregó—: Gracias por permitir que me incluya en su expedición, trataré de ser lo menos molesto posible.

Bob Warner regresó a la roulotte y observó a su mujer que seguía tal como la dejara. Era una especie de estado de coma del que no despertaba.

De debajo de una cama, Bob Warner sacó un rifle. Lo sostuvo entre sus manos, lo repasó, comprobó que estaba limpio y de un estuche extrajo una mira telescópica que acopló cuidadosamente sobre el rifle.

—Bob, Bob, Bob —repitió de pronto Magda, de forma monótona.

Bob Warner no corrió junto a su esposa porque lo que acababa de escuchar ya lo había oído en anteriores ocasiones.

Dejó el rifle sobre la otra cama de que disponía la amplia roulotte y fue hacia su esposa que ya había dejado de llamarle desde su estado de inconsciencia.

Abrió el cajón de la pequeña mesita accesoria y extrajo una caja y de ella, una ampolla de inyectable. Preparó una jeringuilla hipodérmica con sumo cuidado hasta que el líquido brotó por la punta de la aguja.

Limpió con alcohol el brazo de su mujer y la inyectó hasta vaciar el contenido de la jeringuilla. Poco después, Magda respiraba mucho más profundamente.

CAPITULO V

Bob Warner había rehuido hablar con el profesor Xamery y sus discípulos durante la cena. Regresó pronto junto a Magda y para sentirse más despejado al día siguiente y hacer que las horas pasaran aprisa, se tomó dos pastillas de somnífero y se tendió en la cama. Comenzó a pensar en todo lo que había ocurrido.

Se despertó bruscamente, con la sensación de que había tenido una pesadilla de la que no recordaba nada.

Había abierto los ojos de súbito y en su boca notó un sabor desagradable que podía deberse a una mala digestión.

Claramente llegaron hasta sus oídos unas campanadas, debían ser de la iglesia de la villa o de alguna ermita próxima. Bob Warner lo ignoraba, pero comenzó a preocuparse al escuchar que doblaban a muerto.

Se mantuvo quieto durante unos minutos, oyendo las campanadas monótonas y patéticas al mismo tiempo. Era una sinfonía de campanadas lúgubres que avisaban que la muerte había llegado a la villa, que su acerada guadaña había segado una vida.

Molesto porque no podía conciliar de nuevo el sueño y por la insistencia de las campanadas doblando a muerto, lo que no era lógico, pues al consultar su reloj de guarismos fosforescentes comprobó que eran ¡as tres de la madrugada, se levantó y salió de la roulotte.

Se había levantado una niebla pegajosa y en derredor, casi todo era oscuridad. Más que un pequeño pueblo dormido, semejaba un pueblo muerto.

Consciente de que no se dormiría de nuevo, encendió un cigarrillo. Las campanas seguían doblando a muerto. No conocía a nadie en aquel lugar, por lo que era comprensible que ignorase ¡os sucesos locales.

Se dijo que podía tratarse de una costumbre local el que las campanas doblaran a muerto durante la noche, porque nadie parecía inmutarse. Puertas y ventanas continuaban cerradas.

Avanzó por la calle abriéndose paso entre los jirones de niebla que semejaba arrancar con sus dedos. Cuando, volvió la mirada, ya no veía la roulotte pese a ser blanca y azul. No le importó demasiado, estaba seguro de encontrarla con rapidez si se lo proponía. Bastaba con avanzar sin se pararse mucho de la pared.

Llegó a la iglesia, la reconoció por las escalinatas de piedra que viera al llegar a la villa. Subió por ellas, mas la puerta del templo estaba cerrada.

Las campanas continuaban doblando a muerto; sin embargo, tuvo la impresión de que no eran las campanas de aquella iglesia, ahora sonaban más lejanas que pocos minutos antes. La niebla era fría y posiblemente al amanecer el suelo estaría cubierto por una fina capa de escarcha.

Cogió el pitillo entre los dedos, lo apartó de sus labios y expulsó el humo de sus pulmones. No veía más que la punta encendida de su cigarro, ninguna

ventana tenía luz y parecía que todas las luces de las escasísimas calles de la villa estaban apagadas.

Las campanas proseguían doblando a muerto, monótonas, cuando tuvo la impresión de que cerca de donde él estaba había alguien, alguien vivo, un ser humano.

—Eh, ¿me oye? —preguntó Bob Warner en un tono de voz suficientemente alto como para ser oído desde el lado opuesto de la plaza, pero sin llegar a ser escandaloso.

No obtuvo respuesta.

Bob Warner no podía decir que hubiera visto a alguien, pero estaba seguro de que en aquella plaza, en medio de la madrugada, inmerso en la niebla y mientras las campanas sonaban a muerto, había alguien.

* * *

Diana se despertó, abrió los ojos y no vio nada. Fue una sensación angustiosa, era como si de pronto se hubiera vuelto ciega.

—¿Qué son esas campanas? —se preguntó, y ella misma no supo darse respuesta.

Diana no había oído jamás doblar las campanas a muerto y si las había oído en algún reportaje televisivo, no debía haberles prestado atención.

Dio varias vueltas sobre sí misma tratando de volver a coger el sueño. Las campanadas comenzaron a obsesionarla, su sonido se le antojaba muy lúgubre.

En la misma habitación dormían Eleonor y Esther; no quiso despertarlas, por lo que abandonó la cama tratando de evitar ruidos.

Los calmantes que tomara al regreso de las ruinas habían perdido su efecto y se sentía más despejada. Tanteando, llegó hasta la puerta, la abrió y pasó al corredor cerrando tras de sí.

No recordaba bien dónde estaba instalado el interruptor de la luz, lo que sí recordaba era que se trataba de una instalación antigua y deficiente. Se dijo que tanteando lo encontraría y lo que halló fue un ventanal.

No dudó en abrirlo para mirar hacia el exterior y escapar a las tinieblas que la envolvían cuando, de repente, una mano que no era suya la agarró por la muñeca, una mano que procedía del exterior, una mano que la sorprendió tanto que bloqueó su garganta. Quiso gritar y el grito no llegó a salir por su boca.

—¡Nooo, nooo! —suplicó, aterrorizada.

No veía a nadie, pero su mano estaba apresada y quien quiera que fuese, tiraba de ella como para obligarla a salir por la ventana mientras continuaban doblando las campanas.

Comenzaba a ser vencida cuando logró gritar con toda la potencia de sus pulmones.

—¡Noooo!

Aquella mano férrea, una mano que no veía pero que tocó con su otra mano, era fría, tan fría que no parecía humana.

—¿Quién ha gritado? —preguntó el profesor Xamery, asomándose al comedor. En su mano llevaba una linterna.

—¡Socorro!

La linterna del profesor osciló hasta enfocar a Diana justo cuando Franciscus también aparecía en el pasillo, inquiriendo:

—¿Qué sucede?

—¡Es una de las muchachas!

Franciscus corrió junto a Diana y ésta se le abrazó con desesperación; casi no podía ni respirar.

—¿Qué ha pasado?

—Eh, ¿qué ha sucedido aquí? —inquirió la voz de Bob Warner desde el exterior.

—¿Qué hace usted ahí abajo? —preguntó el profesor tratando de taladrar la niebla fría y densa de la plaza con su pequeña linterna.

—Estaba paseando cuando he oído gritos. ¿Están bien?

—Me... me han cogido por la mano, me han cogido, y al aparecer ustedes me han soltado —explicó Diana, balbuceante.

—¿Quién te ha cogido? —inquirió el profesor.

—No lo sé... Se me querían llevar por la ventana.

—¿No habrá sido una pesadilla? —Preguntó Franciscus, añadiendo—: Puedes haberte levantado sonámbula, pensando en lo que te ocurrió en la montaña cuando estuviste a punto de caer.

—No, no —insistió la joven—, me han cogido por la muñeca.

El profesor Xamery iluminó con su linterna la muñeca femenina y en ella descubrió huellas claras y evidentes. Otra mano había estado oprimiéndola de forma brutal.

—Eh, oiga, Bob, ¿ha visto a alguien?

—No, profesor, no he visto a nadie, no hay luz y sí mucha niebla. Por cierto, ¿por qué no encienden ustedes la luz?

—No hay electricidad —explicó el posadero que se había acercado con una linterna de gas que despedía una gran luminosidad.

—¿Por qué, por qué no hay luz? —preguntó Diana, muy nerviosa.

—De cuando en cuando, hay cortes de suministro, éste es un lugar muy alejado de la civilización.

—Y esas campanadas, ¿es que ha muerto alguien? —quiso saber el profesor.

El posadero denegó con la cabeza.

—No, que yo sepa.

—¿Por qué doblan a muerto, entonces?

—Esas campanas no son de la villa.

—Pues, suenan aquí mismo —objetó Franciscus.

—Vienen de lejos, las traen los vientos del demonio. En ocasiones las

oímos, pero nadie les hace caso o lo que es mejor, cerramos puertas y ventanas. Usted, señorita, no debía haber abierto la ventana.

—Pero ¿quién es, quién es él?

—¿El, a quién se refiere?

—Al que me ha cogido por la muñeca, al que quería llevárseme.

—¿Usted lo ha visto, señorita?

—Estaba oscuro, había mucha niebla y yo estaba aterrorizada; no, no lo he visto.

—Nosotros tampoco. Es como un lobo solitario, como una alimaña que se presenta para atacar cuando menos se espera.

—¿Y por qué no salen a cazarla? —inquirió Franciscus, sombrío.

—Ya lo hemos intentado, pero jamás la hemos encontrado. Deseamos que ustedes tengan más suerte.

Y cerró la ventana.

CAPITULO VI

Diana y Eleonor aceptaron el ofrecimiento de Bob Warner al iniciar la marcha y se acomodaron en el coche de éste mientras Franciscus, el profesor Xamery y Esther ocupaban el jeep abriendo la marcha.

Dejaron la villa atrás, una villa casi desierta en la que sólo parecían habitar personas mayores. Curiosamente, no había ningún niño. Ya no se oían campanadas ni había niebla, aunque el cielo veíase plomizo.

El jeep cruzó el riachuelo.

Bob Warner demostró que el vehículo que conducía era poderoso y también cruzó el riachuelo pese a sumergirse casi la mitad de las ruedas. La roulotte cruzó a su vez y prosiguieron viaje por aquel camino tortuoso, lleno de socavones y matorrales.

Franciscus, con el jeep, aplastaba cuanto podía y si se presentaba algún socavón demasiado hondo, advertía con dos claxonazos a Bob Warner que trataba de no caer en él y seguir adelante.

En una de las subidas del tortuoso camino, el auto comenzó a roncar, mostrándose impotente. Franciscus retrocedió con el jeep, sacó una cadena de enganche y le pidió:

—Espere, le ayudaremos.

Engancharon el coche con el jeep. Franciscus subió de nuevo al vehículo todo terreno y lo puso en marcha al tiempo que el propio Bob hundía el pie en el acelerador. De esta forma, consiguieron salvar la situación. Ya en terreno más llano, el jeep volvió a detenerse y soltaron el enganche.

—¿No se ha roto el «carro»? —preguntó Franciscus.

—No, por ahora.

—Ya le advertí que el camino era pésimo.

—Seguiré adelante.

—Bien, pues ¿a qué esperamos?

Bob Warner se volvió hacia las dos pasajeras que llevaba.

—¿Alguna de las dos podría pasar a la roulotte y ver como sigue mi esposa? La roulotte se mueve demasiado y temo que ella pueda darse un golpe.

—¿Por qué no vas tú, Diana? —preguntó Eleonor que parecía preferir viajar cerca del hombre.

—Está bien.

—Ten la llave. —Bob se la entregó—. Desde el interior se puede abrir sin necesidad de utilizarla.

Diana descendió del coche y penetró en la caravana, acercándose para observar a Magda, aquella mujer al parecer enferma que para ella era una desconocida.

La pequeña expedición reanudó la marcha.

Diana permaneció junto a Magda y le dio la impresión de que si no estaba

muerta, lo parecía, mas no le tuvo miedo.

Se miró su propia muñeca que conservaba las huellas de unos dedos que le habían provocado pequeños morados. Efectivamente, 1a roulotte daba unos tumbos muy espectaculares y Diana tuvo que agarrarse para no caer. En uno de ellos, se abrió un cajón y de él cayeron unos recortes de periódicos y revistas. Pudo ver la fotografía de Magda y también la de otra mujer.

«Bestias salvajes devoran a un recién nacido. La madre, con hemorragia, no pudo impedir la tragedia...»

Siguió leyendo, vivamente interesada, lo que le había sucedido a la esposa de Bob Warner.

Al fin, tras un arduo avance, la comitiva se detuvo.

Diana, al observar que los motores se detenían, guardó en el cajón todo lo que había estado leyendo y cerró. Dio un vistazo a Magda y le pareció que estaba bien. Por ello, al descender de la roulotte, dijo:

—No le ha sucedido nada a su esposa.

—Gracias.

Diana hizo ademán de alejarse; Bob la retuvo, cogiéndola por el codo a la puerta de la roulotte.

—Dígame, ¿cómo era ese hombre?

—No lo sé, no lo vi. —Quedó unos instantes en tensión y al fin preguntó —: Usted no cree que fuera una bestia la que se llevó a la criatura, ¿verdad?

—¿Conoce la historia?

—He leído los recortes. Han caído al suelo en un vuelco y no he podido resistir leerlos.

—Le ruego que no hable de ello, la justicia prefiere creer que fue una bestia del bosque la que se llevó a una criatura que no ha quedado registrada en parte alguna.

—Es como si no hubiera nacido, ¿verdad?

—Sí, casi como un aborto natural, pero aunque el bebé fuera sietemesino, era un ser vivo, con los mismos derechos que otros nacidos a los nueve meses en un hospital

—¿Y la muerte de su cuñada fue accidental?

—La justicia opinó que sí. Parece que no han encontrado pruebas para opinar lo contrario. Es cierto que mi cuñada Alice no era la persona ideal para conducir un coche en situación difícil, pero yo no creo en tantos accidentes juntos.

—¿Y piensa en el loco de las ruinas?

—Es una posibilidad. He sabido que ese ser se mueve mucho por los bosques. Yo estaba al otro lado de las montañas, pero para llegar en vehículo a esas ruinas era preferible venir por aquí.

—¿Y por qué ha traído a su esposa?

—No lo sé muy bien.

—¿Para que despierte de su letargo si le ve?

—No lo sé, no lo sé —repitió, molesto.

—¿Qué hará cuando lo encuentre?

—No lo sé, sólo sé que he de encontrarlo.

Diana se miró la muñeca y musitó después:

—Si es el mismo que me cogió la muñeca a mí, es muy peligroso, es para tenerle miedo.

—¿Ustedes no creen en la existencia de ese loco?

—No creíamos, pero ahora sí.

—Se han contado demasiadas historias respecto a él, no puede ser que tenga doscientos años.

—Ningún ser conocido ha vivido doscientos años —objetó el profesor Xamery que, acercándose a ellos por el lado de la roulotte, había podido oír las últimas palabras.

—¿Cómo se explica entonces la existencia del loco?

—Esos seres extraños, en ocasiones, tienen discípulos, prosélitos.

—Es lo que yo creo. También hay psicópatas que ocupan la personalidad de otro sujeto, sea muerto o vivo, contemporáneo o legendario. Si un psicópata determinado ha oído hablar del loco de las ruinas y ha viajado hasta ellas sin encontrarlo, es posible que él haya tomado la personalidad del supuesto loco.

—Eso justificaría que a través de tos siglos superviva la leyenda de un habitante en esas ruinas, un habitante que, por otra parte, las gentes de estos parajes no han visto.

Todos miraron hacia las ruinas situadas en lo alto de un picacho que no podía decirse que fuera excesivamente alto, sesenta u ochenta metros sobre el nivel del suelo.

Aquel picacho debía haber surgido hacía millones de años, como una erupción pétreo-volcánica. Otras pequeñas erupciones rocosas podían verse en toda aquella cordillera, pero no tan espectaculares, tan limpias como aquel picacho. Por ello, había sido aprovechado por antiquísimos monjes de alguna extraña secta que había terminado desapareciendo. Luego, la familia Koswer había comprado el convento para transformarlo en residencia, alejada del resto del mundo, aislándose y posiblemente provocando el temor en cuantos quisieran acercarse al picacho.

—¿Qué hará usted ahora? —preguntó Eleonor, acercándose también.

—Mi mujer está enferma, no puede andar.

—Pues, desde aquí no pueden seguir los coches —le observó Franciscus, uniéndose al grupo.

—Sí, ya lo veo.

—Harían falta caballerías —dijo el profesor—, pero aun así no creo que fuera bueno desplazarla a su mujer si está enferma, a menos que vaya a buscar allá —señaló las ruinas— algo muy importante para su salud.

—Mi esposa se quedará aquí. Dentro de la roulotte no correrá ningún peligro.

—¿La va a dejar sola? —preguntó Diana, como asustada.

Eleonor objetó:

—Ha dicho qué dentro de la roulotte no corre ningún peligro.

—Si usted desea que le traigamos algo de las ruinas, con mucho gusto lo haremos. Instalaremos nuestro primer campamento aquí y otro en el picacho. Como vamos a estar varios días, iremos y vendremos. En algunas ocasiones, habrá que regresar a la villa con el jeep en busca de los suministros que se nos agoten.

—Ustedes sigan adelante —les pidió Bob Warner—. No retrasen su camino por mi causa.

—Si necesita ayuda, dígalo con franqueza —le pidió Franciscus.

—Les daré un spray de pintura blanca; a medida que avancen hacia las ruinas, les agradecería que marcasen el camino con franjas de pintura sobre las piedras o en los troncos de los árboles.

—Cuente con ello —aceptó Franciscus.

—Gracias. De este modo, si quiero llegar a las ruinas, no perderé tiempo orientándome, iré rápido y regresaré. Así, dejaré a mi esposa sola el mínimo posible.

—Yo también me quedaré en el campamento —expuso Eleonor—. No tengo prisa por llegar a las ruinas y si puedo ayudar a la mujer de Bob, lo haré, de este modo él podrá ir y venir con más tranquilidad.

—Soy un desconocido para ustedes y, sin embargo, se están comportando todos maravillosamente conmigo. No sé cómo podré devolverles el favor.

El profesor Xamery se encaró con Bob Warner y mientras encendía la pipa por enésima vez aquella misma mañana, le dijo:

—Tengo la impresión de que en alguna forma está buscando la salud de su esposa. Si la encuentra, creo que todos nos sentiremos satisfechos.

Bob Warner no explicó en aquellos momentos lo que realmente esperaba hallar en las ruinas. Pensó en el rifle con mira telescópica que llevaba en la roulotte; él no creía en fantasmas, espectros ni en psicópatas que no pudieran caer bajo las balas de un rifle de grueso calibre.

CAPITULO VII

El aeroplano sin motor pasaba silencioso por encima de las montañas que no eran excesivamente altas. Sobrevolaba aldeas y campos de cultivo, valles enteros.

Había visto un río hermoso que brillaba reverberando la luz del sol, un sol mortecino pero sol al fin y al cabo.

A Judith le fascinaba la práctica de aquel deporte de vuelo sin motor. Lo había descubierto en un vuelo que había gozado en un aparato biplaza; luego, se había aficionado hasta conseguir comprar su propio aeroplano.

Cada vez que soltaba el enganche de la avioneta que la elevaba y le daba fuerza de impulso, Judith Abelange sentía una gran emoción dentro de sí. Volaba como un pájaro dentro de aquel aparato de gran envergadura de alas y escaso peso relativo.

Cortaba el aire y como ruido, sólo el rumor del viento rozando la lona del fuselaje.

Ahora, luchaba por conseguir su propio récord de máximo tiempo de permanencia en el aire.

El paraje que estaba sobrevolando semejaba bueno para obtener una buena marca, aunque los más arriesgados buscaban cordilleras duras y en tiempos cálidos, fuertes corrientes de aire en las que planear como grandes pájaros.

Manteniendo el control sobre el planeador, sobrevoló una villa que le pareció desierta. Siguió el rumbo que se había propuesto cuando sobre una colina descubrió a un grupo de personas.

Había un jeep, un automóvil y una roulotte. Como el lugar era tan solitario, Judith hizo una vuelta en el aire para saludar a los viajeros que acababa de descubrir sobre la colina y que la saludaron alzando sus manos, pudo verlo claramente.

Ella, abrió su carlinga plástica y también saludó con la manó, correspondiendo al saludo. Después, enfiló hacia las ruinas existentes sobre el picacho rocoso. Era el convento de los Koswer según tenía marcado en su mapa de ruta; unas rumas antiguas carentes de interés arquitectónico.

Sobrevoló las ruinas en un círculo casi perfecto. Piedras, paredes, restos de techumbres... Allí debía haber habido un gran fuego, pero tampoco era el tipo de ruinas que había que rastrear entre matojos.

Debían quedar todavía habitaciones y salas completas, con goteras y barridas por ¡os vientos, pero aptas para guarecer a quien se viera atacado por las tormentas de lluvia o nieve.

De pronto, ante la sorpresa de ¡a deportista, el planeador comenzó a descender. Perdía altura a gran velocidad, como si hubiera encontrado un gran vacío de aire.

Maniobró con el timón de cola y los alerones, pero el planeador se negaba a recobrar altura.

Abrió la radio para efectuar una llamada de auxilio y situación.

—Atención, atención, centro de planeadores, aquí KW 104, aquí KW 104... ¿Me oyen? Respondan, ¿me oyen?

No había respuesta y pensó que el operador del centro de control de planeadores debía estar ausente de la sala.

El aparato continuaba descendiendo, acercándose peligrosamente al picacho sobre el que se elevaban las ruinas. Pudo dominar el planeador pese a que un ala rozó una de las rocas salientes.

Judith Abelange pasó miedo. Aquél era el peor momento de peligro que había pasado en su vida de piloto de aviones sin motor; le habían explicado muchas historias de accidentes y ahora era ella quien lo estaba sufriendo.

El planeador comenzó a dar tumbos. Era como si además de la ausencia de aire, una fuerza extraña la atrajera hacia la tierra. Había oído hablar de esa clase de fuerzas desconocidas, capaces de arrastrar a una avioneta haciéndola capotar, pero Judith Abelange no perdió la serenidad.

Apartó lo que pudo el planeador de las paredes rocosas y enfiló la proa hacia una arboleda. Golpeó contra las copas de los árboles, picó de proa y se alzó de cola, cayendo al suelo.

La violencia del impacto dejó unos instantes sin sentido a la muchacha. Poco después, en una inmovilidad completa, recuperó la conciencia.

Trató de poner en marcha el radio-transmisor, pero éste no funcionaba, se había estropeado con el impacto que destrozara el morro del planeador.

No tardó en darse cuenta de que se había roto una pierna. No notaba aún el dolor, el golpe estaba todavía caliente y la fractura había dormido posiblemente los nervios periféricos.

—Vaya, sí que tengo mala suerte.

Recordó a la gente que viera sobre la colina.

«Si lograra llamar su atención...», pensó.

Lo primero que debía hacer era salir del planeador que estaba muy inclinado y todo él destrozado, pero la joven había salvado la vida y eso era lo importante.

Forcejeó con la cabina y logró abrirla. Aspiró con fuerza. Miró hacia abajo, tenía como un metro y medio hasta llegar al suelo. No era mucho, un salto habría bastado para alejarse del planeador, pero la pierna rota le impedía cualquier movimiento.

Debía moverse antes de que la fractura comenzara a doler con fuerza. Por ello, apoyándose en las manos, movimiento que había estudiado en repetidas ocasiones, pues aquel tipo de accidente no era nada anormal, se elevó.

Se inclinó sobre el morro del aparato, para descender de cabeza, mas la pierna no le obedecía y se le torció más aún. Esta vez no pudo contener un grito de dolor.

Quedó quieta, recuperándose, aspirando con fuerza para mitigar el dolor durante un par de minutos que se le antojaron una eternidad.

Como si fuera una serpiente, reptó sobre el aparato hasta llegar al suelo.

Entonces, se volcó de costado, cayendo con la pierna torcida totalmente, lo que le causó tal dolor que perdió el conocimiento.

Cuando Judith abrió los ojos, creyó hallarse inmersa en una pesadilla a causa del accidente sufrido.

Se hallaba en un bosque desconocido al pie de un picacho rocoso sobre el que se levantaban unas ruinas misteriosas donde una familia de alquimistas había visto desaparecer su estirpe.

Al lado tenía el planeador, su precioso planeador que tanto le había costado comprar y que ahora estaba destrozado; pero lo peor, lo que la desconcertaba completamente, era el ser que tenía delante.

Alto, muy alto, siniestramente alto, delgado, vestido con un largo sayal que recordaba vestiduras medievales.

Su rostro era alargado, huesudo, apergaminado, de dientes muy salidos, prominentes, dientes de caballo que la boca era incapaz de ocultar.

El cabello era gris paja, largo y enmarañado, un pelo que no había sido peinado en mucho tiempo. Los ojos eran grandes, miraban muy fijo y tenían un tono amarillo que no gustó a Judith Abelange. Tragó saliva y como que él no se movía, habló ella, explicándose:

—He tenido un accidente, me he roto una pierna. Pronto vendrán a recogerme. ¿Puede, puede usted ayudarme?

Aquel desconocido y extraño personaje no respondió, se limitó a sacar de sus ropas una cadena en cuyos extremos había grilletes.

Judith parpadeó, desconcertada. El enigmático ser surgido del bosque se te acercó por la cabeza dando un pequeño rodeo. Judith, cuya movilidad quedaba mermada por la fractura de la pierna que ahora le dolía terriblemente, inquirió:

—¿Qué hace, qué va a hacer usted?

El desconocido le cogió una de las muñecas y cerró uno de los grilletes en tomo a ella.

—¡No, no! ¿Qué hace? ¡Nooo!

Judith forcejeó, inútilmente. Le fue imposible evitar que el segundo grillete se cerrara alrededor de la otra muñeca. De esta forma, en pocos instantes, quedó encadenada.

—¿Qué quiere, qué hace conmigo? ¡Suélteme, suélteme!

La joven deportista protestó, gritó, sollozó, pero aquel ser no parecía querer entender nada de lo que ella decía.

El hombre, si es que aquel ser siniestro y despiadado era efectivamente un hombre, agarró las cadenas entre sus manos y estiró de ellas, hiriendo a la muchacha en las muñecas. La arrastró sin piedad, sin importarle que la pierna rota se doblara y le causara mi! dolores que ella soportaba difícilmente.

Aquel ser debía poseer una fuerza diabólica, no se detenía y seguía arrastrándola.

Parte de la espalda y las nalgas de Judith comenzaron a desollarse, pero él seguía y seguía por un camino tortuoso y ascendente, siempre arriba, arriba.

Los árboles habían desaparecido, sólo crecían arbustos de ramas duras, ramas hirientes que azotaban a Judith cuando pasaba sobre ellas, arrastrada por el suelo pedregoso como sí fuera un fardo que no importa que se reventase.

Cuando aquel ser diabólico se detuvo, Volviéndose hacia su víctima, ésta sangraba. Había dejado de gritar; tanto había sufrido que ya no sentía el dolor, pero por ella misma no podía hacer ningún movimiento.

Aquel ser despiadado se acercó a una especie de enrejado que había a ras de suelo, un suelo empedrado que pertenecía a las ruinas.

Sobre el pozo sin brocal, había un poste vertical que sostenía otro horizontal a modo de horca y de la punta colgaba una cuerda con un garfio, una cuerda que se deslizaba por una polea.

Del interior de aquel pozo enrejado, brotó un ruido que era mitad aullido ululante mitad gemido. Era una voz que encogió las vísceras de Judith. Jamás había imaginado que pudiera existir garganta alguna capaz de emitir un rugido o grito tan siniestro.

—¿Qué es, qué es? —balbució aterrada, bañada en un sudor frío, pegajoso.

El despiadado ser de las ruinas miró a su víctima y habló por primera vez, señalando el pozo.

—Es, la cosa.

—¿La cosa? ¿Qué es la cosa? —gritó con desesperación, rompiéndosele la voz.

—Pronto lo sabrás.

Sacó una llave y abrió la cerradura del enrejado. Luego, tomó el garfio de la soga y estiró de él, hasta meter la cadena que unía las manos de Judith.

—¡No, por favor, no, se lo suplico, no!

El siniestro individuo regresó a aquella especie de soporte patibulario y estiró de la cuerda, arrastrando a Judith y alzándola en el aire sin que ella pudiera escapar.

Su pierna rota bailó dolorosamente en el aire. La sangre que se había escurrido por sus piernas se había secado en sus pies, sólo uno de ellos calzado.

Se agitó al extremo de la cuerda como un pez moribundo colgado del sedal, un pez que hubiera tragado hondo, muy hondo, un anzuelo cargado de veneno.

El extraño ser de las ruinas soltó la soga y el cuerpo de Judith se hundió violentamente en el pozo mientras gritaba. Luego, un, fuerte golpe. La cuerda se había tensado al hallarse atada en el otro extremo.

El rugido, aullido, maullido, una mezcla de todo lo horrible que podía brotar de una garganta, aumentó. Fue entonces cuando el ser de las ruinas bajó la reja y cerró la entrada del siniestro pozo, dejando que la cuerda quedara abajo tensa, muy abajo, suspendiendo el cuerpo descoyuntado y roto de lo que poco antes había sido una joven deportista.

El ser del sayal negro apretó la llave en su mano y comenzó a reír, a reír,

como poseído por la locura. Caminó entre las ruinas hasta que se detuvo para mirar a lo lejos, muy a lo lejos, como si sus ojos poseyeran la agudeza del águila.

La expedición de trabajo del profesor Xamery avanzaba lentamente hacia las ruinas del convento de la familia Koswer.

CAPITULO VIII

Habían avanzado rápido por el camino natural que conducía al picacho en que se hallaban enclavadas las ruinas. Franciscus no perdía ocasión de marcar el sendero con el spray de pintura fosforescente blanca.

Esther y Diana estaban inquietas; por su parte, el profesor Xamery demostró que los años no le habían convertido en una rémora y caminaba rápido y bien; sin duda, era un magnífico andarín.

—¿Se habrá matado el piloto del planeador? —preguntó Esther.

—Por lo que sé, son gente que sabe salir de apuros. De todos modos, será bueno que lleguemos cuanto antes al aparato caído para socorrerle.

Franciscus, que iba a la avanzadilla, marcando el ritmo de marcha, observó:

—Esperemos que el botiquín que llevamos sea suficiente.

—Este lugar está maldito —casi farfulló Diana en voz baja.

—Menos mal que no ha habido fuego —dijo Esther.

Franciscus, sin volver la cabeza, argumentó:

—Esos aparatos no llevan motor y, por lo tanto, combustible. No pueden arder, pero son muy endebles. Lo mejor que tienen es que en las caídas planean muy bien. De todos modos, no me gustaría estar en uno de esos planeadores, cayendo como hemos visto caer a ése.

—Puede que haya pedido socorro por radio —objetó el profesor Xamery —, Sé que algunos aparatos de esa clase llevan radio.

—Pronto lo sabremos —dijo Franciscus.

Acuciados por el deseo de hallar el planeador siniestrado, hicieron el recorrido hasta la falda del picacho en menos del tiempo que habían calculado. Jadeaban y podía decirse que había sido una suerte que hiciera frió y el cielo estuviera plomizo; de lo contrario, el sudor los habría bañado por completo.

—¡Allí, allí está! —gritó Esther que iba tras Franciscus.

Podía verse claramente el aparato con la cola hacia arriba, destrozadas las alas y aplastado el morro, todo él muy endeble para aligerar pesó, ya que no tenía otra fuerza que la de sustentarse en las corrientes de aire gracias a la envergadura de sus alas, como un gran pájaro planeador.

Un avión sin ruido, la delicia y el sueño de quienes duermen cerca de un aeropuerto internacional, donde tienen que soportar el infernal ruido de los motores a reacción.

—No está aquí —dijo Franciscus.

—Ha logrado salir —observó Esther.

En aquel instante, un grito lejano les paralizó. Fue un grito de horror, de petición de auxilio, de súplica, un grito que se cortó y no volvió a oírse.

—¿Lo habéis oído? —preguntó el profesor Xamery.

—Claramente —respondió Franciscus.

Esther, sin dudar, concretó:

—Era una mujer.

Diana asintió.

—A mí también me lo ha parecido.

—Por lo visto, ha conseguido salir del aparato y ha subido a las ruinas para pedir auxilio, debe estar gritándonos.

—Posiblemente para que la oigamos nosotros —dijo el profesor—. Sabe que estamos aquí porque nos ha saludado al pasar.

—Pero, era una mujer —insistió Diana.

—Metida dentro del aparato y con casco, no hemos podido saber si era un hombre o una mujer —objetó Franciscus.

—Sea lo que sea, vamos arriba. Caminad aprisa; si yo me retraso, no os preocupéis por mí, ya llegaré. Los años me pesan pero llegaré.

—Entonces, me adelanto —dijo Franciscus, alargando su zancada.

Esther y Diana le siguieron, moviendo sus piernas con mayor rapidez, ya que sus pasos eran más cortos.

El profesor Xamery se fue retrasando por el duro camino que daba vueltas y más vueltas, aprovechando salientes. Entre las fisuras de las rocas crecían innumerables matorrales de variadas especies y tamaños, desde los que apenas levantaban un par de dedos del suelo hasta los que se hacían altos como pequeños árboles de gruesas ramas; entre éstos, abundaba el boj con su color verde amarillento.

Cuando arribaron a las ruinas, cruzaron por un arco o lo que podía llamarse torre del homenaje. Un grueso muro evitaba que pudieran precipitarse al abismo. En algunos trechos, el camino resultaría hasta peligroso. Había que acercarse a la pared para evitar un resbalón y producía vértigo mirar hacia el vacío, pensando que la piedra que uno pisaba podía ceder.

Las lluvias y los vientos habían castigado aquel camino por donde siglos atrás debieran trepar las mulas y los asnos cargados con los suministros que se precisaban para supervivir en lo alto del montículo rocoso.

Las ruinas no estaban tan deterioradas como cabía presumir al observarlas a distancia. Suelos empedrados, paredes pétreas entre cuyos resquicios asomaban sus cabezas las arañas, esperando a los insectos. Lagartos quietos, atentos con sus colmillos afilados, serpientes que sin duda alguna se ocultarían allí.

Parecía que entre esta clase reptiles existía predilección por anidar en las ruinas abandonadas por el hombre, enemigo natural de la serpiente, ya que era raro que un hombre descubriera a una serpiente y no tratara de matarla.

—¿Dónde estará? —preguntó Esther.

Franciscus se detuvo; las dos muchachas jadeaban tras él.

—No lo sé, esto no es tan pequeño como parecía a distancia. Subiremos a un lugar alto y llamaremos.

—Yo no puedo más —dijo Diana.

—Quédate aquí, en seguida bajamos —le propuso Esther.

Diana miró en derredor y optó por seguirles, sacando de su cuerpo las últimas fuerzas que le quedaban.

—Voy con vosotros.

Subieron peldaños gastados por el uso y el tiempo. Cruzaron por un corredor que se extendía sobre un puente que unía dos alas del antiguo convento hasta que consiguieron llegar a la torre del campanario que no era muy alta y de forma de prisma octogonal.

En su interior, una escalera pétrea de caracol les hizo dar vueltas y más vueltas hasta que .llegaron a la plataforma del campanario. Sobre ellos, una campana sin badajo; no era una campana normal, era más esférica y pendía de una gruesa cadena. Viéndola en otra parte, nadie hubiera dicho que aquello que colgaba del techo fuera una campana.

—Esto no suena —observó Franciscus.

Casi sin respiración, Diana preguntó:

—¿No sería ésta la campana que ayer doblaba a muerto?

—Si no tiene badajo —le replicó Franciscus.

—Muchas de las campanas orientales no tienen badajo —le objetó Esther.

—Sí, ya, tienen un golpeador exterior. También en occidente existen esa clase de campanas sin badajo interior.

—Bueno, dejemos de discutir sobre campanas y busquemos a la aviadora —apremió Esther.

Diana, mirando a sus compañeros, preguntó:

—¿Quién tiene la voz más potente? Yo estoy que no puedo más.

—Llamaré yo —indicó Franciscus.

—Grita fuerte, tiene que estar aquí arriba.

El muchacho se asomó a uno de los cuatro huecos que se abrían entre el techo y la pared para que el sonido de la campana se propagara sin dificultades. Haciendo bocina con sus manos, encarándose hacia el convento y no al abismo, gritó:

—¡Estamos aquí!

—¿Nos habrá oído? —preguntó Diana, inquieta.

—Calla, calla —pidió Franciscus, esperando respuesta.

Pasó un minuto, dos, tres, nadie respondió. Sí pudieron oír graznidos de cuervos que se alejaron aleteando; eran cuervos de un negro azulado, cuervos grandes, cuervos carroñeros que se mostraron indignados ante la presencia de ¡os intrusos y semejaban marcharse protestando, farfullando entre ellos por haber sido violada su paz, una paz con un sabor desagradable, una paz que no tranquilizaba el espíritu.

—Volveré a llamar —dijo Franciscus—. ¡Estamos aquí! ¿Se encuentra bien?

De nuevo, el silencio como respuesta.

Franciscus, ya irritado, miró la campana y se lamentó:

—Si tuviera algo conque golpearla...

—Es posible que se haya desmayado si ha sufrido algún golpe —observó

Esther.

Diana les recordó:

—La hemos oído gritar y no llamar. Si gritaba, es que algo debía estarle ocurriendo.

—Desde aquí arriba pueden verse gran parte de las ruinas, podemos tratar de descubrirla —propuso Franciscus.

—Hay tejados desmoronados y algunos rotos, pero todavía se conservan trozos enteros. Ella puede estar debajo de alguno y desde aquí no la descubriremos —objetó Esther.

—Eh, mirad, el profesor.

—¿Dónde? —inquirió Franciscus.

—En aquel recodo del camino, está sentado.

—Se ve que no ha podido más. La verdad es que lo hemos hecho caminar muy rápido —confesó Franciscus—. Debía haber pensado más en el pobre viejo, no tiene años para ir por estos caminos de cabra y al trote.

Efectivamente, el profesor Xamery estaba quieto, estático, en un recodo visible del tortuoso camino ascendente, un camino peligroso incluso de día. En noche sin luna, debía ser una temeridad completa recorrerlo.

Estuvieron observando un buen rato. Al fin, desanimados, dejaron de mirar hacia el exterior. Diana y Esther también habían gritado, sin resultado alguno.

—Quizá el grito que hemos oído ha sido de una bestia —objetó Franciscus mirando a las muchachas.

—No, no era una bestia, sino una mujer en peligro —insistió Diana.

Esther corroboró:

—Yo opino lo mismo.

Franciscus se encogió de hombros y se atrevió a aventurar:

—¿Y si el grito no procedía de las ruinas?

—¿De dónde, entonces? —preguntó Diana.

—No sé, de otro lugar del bosque. Hay que pensar que si estaba herida por el accidente, no podía subir aquí, el camino es pésimo. Mirad al profesor, no está herido y se ha quedado a la mitad para descansar.

—Yo juraría que el grito venía dé arriba —dijo Diana.

Descendieron del viejo campanario.

No podía decirse que aquéllos fueran unos restos de bella arquitectura, más bien todo lo contrario. La fealdad se transpiraba en toda la construcción. Paredes, patios, columnas, arcos, todo parecía haber sido construido para producir angustia.

Lo que no podía negarse era su gran espacio de ocupación, más grande de lo que parecía a distancia.

El picacho engañaba, su parte superior estaba aprovechada al máximo, hasta en sus salientes y algunos balcones o muros de las ruinas semejaban suspendidos en el vacío, cimentados sobre rocas salientes.

Controlando el duro camino de acceso, al parecer el único existente, aquel reducto era inexpugnable. Allí debía haberse hecho fuerte la enigmática

familia de los Koswer, posiblemente cuando habían sido atacados por señores de la guerra o bandidos, que más o menos era lo mismo.

Pasaron de un lado a otro.

Llegaron a una gran nave y Esther comentó:

—Aquí debían celebrar las ceremonias religiosas.

—Pero, ¿de qué religión? —preguntó Franciscus.

—No lo sé. Los monjes, si eran cristianos, debían pertenecer a alguna secta aberrante.

—Hubo muchas sectas medievales, nacidas en el seno del cristianismo, que mezclaron las religiones de occidente con las de oriente y se inclinaron hacia el satanismo.

Esther puntualizó:

—Los Koswer, que ya no eran monjes y que habían habilitado este lugar como residencia amurallada e inexpugnable, debieron convertir esta nave en el gran salón para fiestas.

—Pues si las visitas tenían que subir por el camino que hemos venido nosotros, en vez de fiestas preferirían descansar —objetó Franciscus.

—Mirad, pese al paso de los siglos, se conservan las huellas del incendio.

La parte alta de las paredes y el techo estaban ennegrecidos. Las grandes vigas de madera que sostenían el techo estaban tiznadas y a Franciscus se le ocurrió comentar:

—¿Qué pasaría si se pusiera un peso desacostumbrado en ese techo? Podría hundirse, ¿no creéis?

Esther asintió.

—Es cierto, las vigas están muy mal.

—Yo no veo imágenes ni piedras labradas —comentó Diana mirando en todas direcciones.

—Pues, es seguro que debe haberlas —dijo Esther— habremos de buscarlas con más atención.

No hallaron nada que les pudiera llamar la atención. Al fin, Esther, opinó:

—El profesor Xamery, que está acostumbrado a investigar, nos guiará y seguro que encontraremos reliquias o piedras grabadas. Ahora, sigamos buscando.

Abandonaron la nave mayor de las ruinas y cruzaron otras salas más pequeñas. Las ventanas sólo conservaban sus huecos. Las que no habían sido quemadas, debían haberse deteriorado, convertido en astillas para conseguir calor.

Llegaron a un patio empedrado. Franciscus se fijó en una especie de horca de la que pendía una polea por la que pasaba una soga que se hundía en un pozo con salida enrejada que había al pie mismo de acuella horca, posiblemente levantada como brocal del pozo.

—Ahí hay un pozo. ¿Habrá agua?

—¿Está cerrado? —preguntó Diana.

Esther y Franciscus se acercaron. Franciscus asió con sus manos la reja,

pero ésta no cedió.

—¡Eh, eh! —Gritó, y el eco le devolvió su propia voz—. Posiblemente está cerrado porque el agua se halla contaminada —opinó.

—A mí me parece que está cerrado para que nadie se caiga dentro —objetó Esther.

—¡Eh, mirad, es sangre! —exclamó Diana señalando unas manchas que había sobre el empedrado y que ella se había acercado a tocar.

Franciscus y Esther quedaron sorprendidos por el hallazgo. Al acercarse para observar mejor el rastro, comenzaron a caer gruesas gotas de agua, un agua fría y molesta.

—Llueve, debemos protegernos —dijo Esther, echando a correr.

CAPITULO IX

Eleonor parecía haberse olvidado de la presencia de Magda, la esposa de Bob Warner, aquella mujer que había caído en coma en su desgraciado parto prematuro.

—¿No te sientes muy solo, Bob? —le preguntó, sinuosa.

—Sí, un poco —admitió el hombre.

—¿No notas a faltar las relaciones sexuales?

Bob Warner se volvió para mirarla directamente a los ojos; había algo de reproche en su mirada.

—Lo que más noto a faltar es la alegría que Magda siempre llevaba consigo, es una mujer muy jovial.

—¿Es o era?

Bob apretó los labios y volvió sus ojos hacia las ruinas.

—Tendré que ir allá.

—¿Y si no se recupera más, le serás fiel?

—Sí.

—Lo ocurrido todavía es muy reciente, el tiempo te hará cambiar de opinión.

—No lo creo; pero, pese a todo, el tiempo es el que tiene siempre la última palabra. El futuro es imprevisible y nos puede sorprender hasta con nuestras propias reacciones. No sabemos de lo que podemos ser capaces, en bien o en mal.

—La verdad es que yo tampoco lo sé —admitió Eleonor—. Las chicas de ahora ya no somos como las de antes o, por lo menos, yo. Casarse es algo duro y duradero, hay que ser constantes y yo tengo miedo a ser constante.

—Si existe el divorcio... El matrimonio es bueno o malo según el amor y la comunicación de la pareja.

—¿Tú tenías todo eso bien ajustado con Magda?

—Sí.

—Pero ahora, las cosas han cambiado.

—Sí, han cambiado, pero aún pueden volver a lo que eran.

—¿Te han dado esperanzas los médicos? —dijo ella, sentándose en una de las hamacas que habían llevado en el jeep. Se había puesto pantaloncitos cortos pese al frío y mostraba sus piernas moviéndolas sensualmente. En realidad, cada gesto de Eleonor era en sí mismo una provocación.

—Físicamente está bien.

—¿Es un problema de la cabeza? —preguntó ella tocándose la suya propia con el índice de la diestra.

—Un problema psíquico. Sufrió un shock muy grande y no ha despertado de él, pero puede despertar en cualquier momento.

—¿Y si cuando despierta se ha vuelto loca?

—Te agradeceré que no repitas lo que has dicho.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que eso ocurra?

—¡Basta! —Se alejó hacia la roulotte y se introdujo en ella.

Eleonor esbozó un gesto de contrariedad. Miró sus piernas de las que se sentía orgullosa y tomó una manta que había junto a ella. Se cubrió porque sentía frío.

Bob Warner reapareció armado con su rifle provisto de mira telescópica, un rifle potente que sólo mirarlo inspiraba respeto. Se había puesto impermeable y un sombrero.

—¿Te vas?

—Sí, ya habrán llegado. Es posible que hayan encontrado al aviador.

—Lástima que a nadie se le haya ocurrido traer un walky-talky, ahora sabríamos lo que ha sucedido.

—Iré hacia allí por si necesitan ayuda.

—¿Y el fusil?

—Por si hay algún lobo o un oso. La policía cree que por estos parajes donde apenas pasa el hombre, viven y se reproducen con facilidad.

—Y con lo que estás diciendo, ¿vas a dejarme sola?

—Yo no puedo darte órdenes, puedes marchar o quedarte. Lo que es yo, voy a ir y venir muy rápido, no quiero dejar mucho tiempo sola a Magda.

—¿Tienes que darle de comer?

—Sí.

—Si tú no la cuidaras se moriría, ¿verdad?

—Podía haberla dejado en la clínica donde recibía todos los cuidados.

—Pero, no quisiste.

—No. Es posible que en una clínica jamás recobrara el conocimiento.

—Y te la has traído porque piensas que si se puso como está con un fuerte shock, otro susto puede recuperarla.

—Quizá. Si oyes el aullido de un lobo, te encierras en el coche o en la roulotte. En cuanto a los osos, mientras no te metas en su terreno, no te harán nada, a menos que venga muy hambriento.

Bob Warner no siguió hablando, se alejó por el camino dando zancadas largas y rápidas. Era evidente que no quería perder tiempo. Si Magda le hubiera tenido a su lado cuando la tragedia, posiblemente no hubiera ocurrido nada desagradable.

No tardó en descubrir las primeras señales de pintura que le dejara Franciscus como indicadores. Aquello le permitió avanzar rápido, sin titubeos.

No tardó en arribar a la falda del castillo. Empleó algo más de una hora, cuando lo normal hubiera sido tardar cerca de dos horas. Pese al frío, sudaba. El rostro le ardía, pero poseía buenos pulmones y resistía.

Dio un vistazo al planeador, allí no había nada que pudiera servirle.

Por otra parte, no había ni rastro del accidentado, por lo que optó por subir al castillo cuando comenzaba a llover con fuerza.

Se ajustó el impermeable y el sombrero. Puso el arma boca abajo para que

no se le llenara de agua y comenzó a subir por el tortuoso y zigzagueante camino que ascendía hasta las ruinas.

Llovía con mucha fuerza. El agua era gélida y si no nevaba, faltaba poco para ello. Era posible que durante la noche la lluvia se transformara en nieve.

El agua bajaba como un riachuelo por el camino y casi rebasaba los tobillos de Bob Warner.

Era consciente de que el camino era peligroso. Un traspié, máxime con el agua que caía, podía hacer que él se despeñase. El sendero era estrecho y en algunos lugares, los accidentes meteorológicos lo habían estrechado más, rompiendo el borde.

De pronto, en un recodo, descubrió un cuerpo encogido sobre sí mismo. Lo identificó de inmediato.

—Profesor Xamery...

Se le acercó y le tocó el hombro. El profesor, en vez de levantar la cabeza, se dobló de lado. Bob comprendió al verle los ojos abiertos, vidriosos.

—¡Dios! Está muerto.

Aquella muerte era lo que menos había imaginado. Empapado y muerto, ¿de qué habría muerto? Era muy difícil averiguarlo. No se veía ningún arma.

De pronto, al mirar por detrás, descubrió en su nuca una señal rojiza que el agua no conseguía lavar del todo.

—La misma muerte que Alice. Ya estoy cerca del loco de las ruinas.

Preparó su rifle en derredor como esperando verle aparecer por entre unos matorrales. ¿Cómo había conseguido sorprender al profesor que debía haberse sentado en aquel recodo para descansar de un esfuerzo al que no estaba acostumbrado?

No vio nada, no descubrió ningún rastro, pero sabía que estaba cerca de aquel psicópata que había ayudado a su mujer en el parto prematuro, al borde de la carretera, y lo había hecho para llevarse el fruto de aquel alumbramiento tras asesinar a Alice.

Prosiguió su ascenso. Se introdujo por entre las ruinas y llamó:

—¡Diana, Franciscus, Esther!

El rumor de la lluvia se hacía muy fuerte. De pronto, surgió una sombra junto a él. Reaccionó rápida e instintivamente, poniendo el rifle entre ambos.

—¡Cuidado!

Diana palideció al verse frente al cañón del rifle.

—No temas, creí que eras otra cosa. —Y bajó el arma.

—¡Qué susto me has dado!

—¿Dónde están los demás?

—Dentro, como se ha puesto a llover.

—¿Habéis descubierto al aviador?

—No, pero hemos hallado un rastro de sangre que la lluvia estará borrando.

—¿Seguro que era sangre?

—Sí, yo la he visto, era sangre, y creemos que el aviador es una mujer.

—¿Por qué?
—Hemos oído su grito, pero no la hemos encontrado.
—Estará muerta ya.
—Lo dices con una seguridad que asusta.
—Este es el paraíso del loco de las ruinas, tú ya le conoces.
—No le he visto.
—Posiblemente el profesor Xamery tampoco le ha visto, pero ya está muerto.
—¿Quién, el profesor? —inquirió asustada, dando un paso hacia atrás.
—Sí, está en el camino, yo lo he visto.
—No es posible... Dios mío...
—Desgraciadamente, es verdad. Ha muerto de la misma manera que murió mi cuñada

Alice, lo que sucede es que la justicia determinó que fue accidente. ¿Qué dirá ahora de la muerte del profesor?

Diana se llevó las manos al rostro y comenzó a sollozar. Bob Warner la estrechó contra sí cuando llegaron Franciscus y Esther.
—¿Qué pasa? —preguntó el joven.
—El profesor Xamery está muerto —explicó Bob Warner.
Esther y Franciscus quedaron como paralizados ante la terrible noticia.
—No puede ser, no puede ser —repetía Esther.
—Sí puede ser. Le han asesinado golpeándole con algo duro y contundente en la base de la nuca, una piedra, un palo, un pedazo de hierro, un objeto lanzado a distancia. ¿Qué más da? Os aconsejo que no os separéis. El loco de las ruinas debe estar aquí y es muy peligroso.
—¿Y Eleonor? —preguntó Franciscus.
—En la roulotte, allí estará segura. En un cajoncito de la roulotte hay una pistola, lo malo es que no se me ha ocurrido advertírselo.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Esther.
—Hay que esperar a que deje de llover —opinó Bob Warner, tomando psicológicamente el mando del pequeño grupo.
—¿Y si no cesa la lluvia hasta mañana? —preguntó Franciscus.
—En ese caso, dentro de una hora, pues no esperaré a mañana, regresaré al campamento. Vosotros me esperaréis aquí y os traeré impermeables y alimentos. Yo puedo ir y venir rápidamente.
—Tú has venido para cazarlo, ¿verdad?
Bob Warner miró el rifle y asintió con la cabeza.
—Sí, daré con él donde se encuentre.
—Dice que la aviadora también estará muerta —musitó Diana.
—¿Por qué estás tan seguro? —le interrogó Franciscus.
—Sólo es una deducción de la que es muy difícil que me equivoque. Ese asesino no perdona. Bueno, antes de regresar al campamento quiero ver como es todo esto y dónde puede ocultarse ese loco.
—Si lo descubres, ¿le dispararás? —interrogó Franciscus.

Bob Warner movió el rifle en su mano. Como respuesta preguntó:

—¿Tú qué crees?

Diana dijo entonces:

—Mató a su cuñada, se llevó a su criatura recién nacida y su mujer está en coma. ¿Qué esperáis que haga cuando lo encuentre?

Franciscus aceptó como lógica la observación de Diana; luego, dijo:

—Hemos dado una vuelta por todo esto y no hemos visto nada raro, excepto...

—¿El qué?

—El pozo.

—¿Qué pozo?

—Uno que hay en un patio empedrado.

—Es donde he encontrado la sangre —señaló Diana.

—¿Podéis llevarme hasta él? No quiero perder tiempo.

—Sí, vamos —dijo Franciscus—. No nos mojaremos a menos que salgamos al patio, aunque hay lugares donde los techos no es que tengan goteras, sino que cae un aguacero.

—Vamos —apremió Bob Warner.

Cruzando varias salas y estancias, todas vacías de muebles, sin ventanas en los huecos abiertos en las paredes, llegaron al patio del pozo. La lluvia seguía cayendo con fuerza, hostil y fría, muy fría.

—Ahí está el pozo —señaló Franciscus.

Esther dijo:

—Tiene una reja cerrada con llave.

—La sangre está en el empedrado —explicó Diana.

—¿Qué hay dentro del pozo?

Esther se encogió de hombros.

—No lo sabemos.

Diana, demasiado consternada por la súbita muerte del profesor Xamery, no dijo nada, pero sí lo hizo Franciscus.

—Dentro de un pozo hay agua, ¿no?

—No siempre —le objetó Bob Warner.

Llovía con fuerza. Sólo el recién llegado llevaba consigo impermeable y el rifle en su mano que no abandonaba pese a que estaba mojado y se escurría el agua por él.

—El agua de la lluvia se mete dentro —le objetó Esther.

—Ahora vuelvo —les dijo Bob Warner.

Salió al exterior recibiendo el repiqueteo de las gruesas gotas de lluvia sobre el impermeable que cubría su cuerpo. Llegó al enrejado que cerraba la boca del pozo; el agua caía hacia su interior en cantidad y producía un fuerte rumor.

No se veía nada, pero Bob Warner se fijó en la cuerda y tomando el extremo que permanecía sujeto al poste, comenzó a halar de ella. No encontró apenas resistencia y la soga fue haciendo girar la polea que se hallaba en la

punta de aquella especie de grúa patibularia.

Quería ver si al extremo de la soga había un cubo; siguió estirando de la cuerda hasta que...

—¡Dios!

Apareció un gancho, unas cadenas y unos grilletes que se trabaron en el enrejado y unas manos que se introdujeron por huecos distintos de la reja, quedando así trabadas.

Eran manos de mujer, de eso no cabía duda alguna.

Bob Warner, atónito por la sorpresa, se inclinó para tocarlas con cuidado y entonces comprobó que después de las manos sólo había restos de brazo, nada más. Restos desgarrados a dentelladas, a zarpazos. Era difícil averiguarlo en aquellos momentos.

—¿Qué hay ahí abajo? —rugió más que inquirió, al borde del paroxismo, impulsado por una rabia incontenible.

Sólo el rumor del agua que caía hacia el interior del pozo le respondió. No pudo reprimir el impulso de introducir el cañón del rifle entre el enrejado e hizo varios disparos, uno, dos, tres, cuatro... Las detonaciones sonaron como verdaderas explosiones dentro del maligno pozo. Las balas fueron rectas hacia el fondo como si fueran también gotas de lluvia, pero con más fuerza, con más peso, con deseos de destruir.

Apretó los labios y respiró profundamente por la nariz vaciando y llenando sus pulmones como si en cada expulsión de aire pretendiera vaciar sus pulmones hasta el último alvéolo y así llenarlo de nuevo con oxígeno. De esta forma recuperó la serenidad que por unos instantes había perdido.

Sujetó la soga al poste dejando que las manos aparecieran entre el enrejado cuando la reacción primaria e instintiva hubiera sido soltar la cuerda y que aquellos restos humanos cayeran de nuevo al fondo del pozo.

Cuando regresó junto a los muchachos que se hallaban bajo techado, un tejado viejo y requemado pero que aún resistía, encontró a Diana sentada de espaldas a la pared, encorvada sobre sí misma y ocultando el rostro entre las piernas. Sollozaba, se notaba en sus movimientos.

Por contra, Esther se hallaba tan pálida como un cadáver. El labio inferior le temblaba ligeramente, era un temblor incontenible, un temblor del que seguramente ella no se percataba y por la forma de mirar, Bob Warner dedujo que no estaba en condiciones de hablar.

—¿Qué, que eran esas manos? —preguntó Franciscus vacilante, temiendo una monstruosidad como respuesta.

—Supongo que son los restos que quedan de la aviadora. La policía se encargará de comprobarlo, por eso he dejado las manos arriba entre las rejas. De este modo, se podrán extraer las crestas papilares para llevar a cabo la identificación dactilar, pero seguro que era ella.

—Y detrás, detrás... —Franciscus vacilaba—, detrás de los brazos, ¿no hay nada?

Bob Warner movió su cabeza negativamente. Después, extrajo un paquete

de proyectiles de uno de sus bolsillos y recargó el rifle con todo cuidado para que no se le disparase la bala que ya estaba en la recámara.

—¿Cómo lo han hecho? —consiguió preguntar Esther; luego, se apoyó contra la pared, temiendo desmayarse de un instante a otro.

—No lo sé, pero parece la obra de una fiera. Regresaré al campamento y os recomiendo que no os separéis. El llamado loco de las ruinas es un peligrosísimo asesino y no sé si lo que le ha hecho a la desgraciada aviadora es obra suya o de alguna fiera que él tenga encerrada.

—¿Una fiera, qué clase de fiera? —preguntó Franciscus.

—No lo sé, pero por lo que he visto en el pozo, podría ser un gran oso sanguinario o algo que se le parezca.

—Yo no me quedo aquí, yo no me quedo aquí —repitió Diana de forma obsesiva, sin levantar la cabeza, escondiendo un rostro empapado en lágrimas mientras en torno a Bob Warner se escurría el agua del impermeable, formando un charco.

—El profesor Xamery está muerto en el camino; si abandonamos allí su cadáver, es posible que corra la misma suerte que la aviadora.

—¿Quiere decir que han devorado el cuerpo de la aviadora?

—No quiero decir nada porque no sé lo que ha ocurrido dentro del pozo, pero todo cuanto pueda suceder aquí ya no ha de extrañarme.

—¿Por qué no regresamos todos al campamento? Allí podemos sentirnos más seguros. Si el loco está aquí, éste es su reino.

—Podemos recoger el cadáver del profesor y llevarlo con nosotros —propuso Franciscus.

—Un cadáver pesa y el camino es largo —objetó Bob Warner.

—Podemos turnarnos —propuso Franciscus—. El profesor, físicamente, era poca cosa.

—¿Y la lluvia? Es muy fría —observó Bob Warner—. Empaparse ahora puede significar una pulmonía, sólo tenemos un impermeable.

—Yo me voy aunque sea desnuda —dijo Diana, decidida.

—Es fácil decirlo ahora, pero ¿y luego, cuando estemos empapados?

—No nos quedamos —manifestó Franciscus, resuelto—. Si aquí hay un loco asesino, no nos quedamos, sólo tú vas armado.

—Voy a hacer algo que no me gusta. He traído el rifle para cazar a esa bestia sanguinaria, pero os dejaré mi rifle mientras voy al campamento. Luego, regresaré.

—Yo no quiero quedarme —insistió Diana.

Franciscus dijo entonces:

—Si nos quedamos el rifle, el loco no nos hará nada. Bob tiene razón, si salimos al exterior y nos mojamos con esta lluvia tan fría, nos helaremos.

—Yo tardaré lo menos que pueda y traeré impermeables para todos.

Bob entregó su rifle a Franciscus que comentó:

—Con esto en mis manos, no creo que se acerque.

—¿Sabes utilizarlos?

—Sí, espero que sí.

—Ten mucho cuidado, es de gran potencia y las balas también, en consecuencia, el retroceso es muy fuerte.

—Lo tendré en cuenta.

—Cuando regrese, te lo pediré. He de encontrar a ese sujeto.

Bob Warner ajustó mejor su impermeable y dejando allí a los tres muchachos, se alejó, caminando al descubierto, sin la protección de aquellas viejas tejas requemadas y partidas en gran parte.

La lluvia era tan fuerte y densa que apenas permitía ver unos metros por delante. El descenso por el tortuoso camino sería ahora más peligroso; el agua que se deslizaba por las paredes del picacho, al llegar al sendero, convertía algunos tramos de éste en verdadera torrentera. Había que asegurar bien los pies para no precipitarse al vacio.

Cuando llegó al recodo donde había descubierto al profesor Xamery, ya sin vida, quedó perplejo.

El viejo estudioso de dinastías familiares ya desaparecidas, no estaba, es como si se hubiera esfumado. Allí se desbordaba el agua que provenía de las ruinas y Bob Warner se volvió para escrutar el abismo. Era muy posible que el agua hubiera arrastrado el cuerpo sin vida hasta precipitarlo al vacío donde había rocas y árboles. No vio nada, ni siquiera el fondo; seguía lloviendo torrencialmente.

CAPITULO X

Al comenzar a llover, Eleonor prefirió esconderse dentro de la roulotte que era mucho más confortable. Así, no se veía obligada a permanecer sentada en un asiento, sin poderse mover.

En el fondo, Eleonor también deseaba satisfacer su curiosidad y al adentrarse en la roulotte que tenía poco espacio pero muy bien distribuido, sentía como que violaba algo que no era suyo; sin embargo, deseaba que le perteneciese.

Bob Warner le gustaba, se sentía poderosamente atraída hacia él. Existía la barrera de Magda que se hallaba en coma, una barrera que parecía insalvable teniendo en cuenta el carácter de Bob Warner.

La lluvia golpeaba con furia el techo de la roulotte, pero allí dentro se sentía tan segura como el polluelo dentro del huevo o la criatura no nacida en el interior del claustro materno.

Se acercó al lugar donde yacía Magda y la examinó con curiosidad.

Se hallaba en un extremo de la roulotte, donde la cama de doble ancho podía quedar aislada por una puerta corredera.

Magda permanecía tendida boca arriba con los párpados cerrados, con languidez, sin arrugas en la pálida piel del rostro. Eleonor observó que Magda respiraba tan débilmente que apenas se notaba y por unos instantes, tuvo una idea maligna.

«Si ahora te tapara la boca con la almohada, morirías y no se notaría nada, absolutamente nada. Habrías muerto, eso es todo, y Bob Warner, ese hombre tan estupendo al que tienes encadenado como a un esclavo, sería libre, libre. Si te murieras, le harías un favor, porque él te olvidaría y podría volver a amar y ser amado. Una mujer como yo, joven y hermosa, le daría toda la satisfacción sexual que él deseara. Tu Bob es un hombre muy vital, lo sé, lo noto. Me gustaría que pudieras abrir esa boca para que me contaras cómo hace el amor. ¿Ríe, gruñe? ¿Cómo ataca, cómo embiste? ¿Te sujeta? ¿Te hablaba de amor mientras te poseía, mientras te gozaba? ¿Qué te pedía que hicieras? Seguro que quería que fueras viva...»

Eleonor se cansó de hablar a aquel cuerpo que no respondía, que no parecía oírla que era insensible a todo.

—¿Por qué un hombre tan atractivo como Bob ha de quedar para una mujer que está como muerta?

Tomó una aguja que vio en la pequeña mesita y, súbitamente, la clavó en la pierna de Magda, como esperando una reacción. Magda no acusó el pinchazo, no dijo nada, no se movió ni hubo la más leve alteración en su cara.

Eleonor retiró la aguja de la pierna y opinó:

—Estás muerta, definitivamente muerta. ¿Por qué no te mueres ya del todo?

Dejó la aguja donde la encontrara, se apartó de Magda y cerró la puerta

corredera para no seguir viéndola.

Se dejó caer en el pequeño sofá transformable en cama donde posiblemente dormía Bob Warner para no molestar a su esposa.

Vio un anaquel largo con libros y repasó sus lomos. Había muchos libros de ensayos sociológicos y también psicoanálisis, Adler, Freud, Jung y otros autores más modernos.

—Estás tratando de averiguar qué ocurre en la cabeza de tu amada Magda, ¿verdad? —preguntó en voz alta, como si Bob estuviera delante mientras la lluvia seguía golpeando con fuerza sobre el techo de la roulotte.

Trató de leer, pero sintió pesadez y se amodorró; quizá fuera la constante lluvia que repiqueteaba monótona sobre el techo de la casita rodante.

Escuchó unos golpes en la puerta y, sobresaltada, sacudió la cabeza. El libro cayó junto a ella. Se pasó la mano por los cabellos cuando la llamada insistió en la puerta.

Se levantó. Asió el pomo de la puerta y la abrió.

—Bob...

Eleonor quedó en suspenso, desconcertada, asustada. El ser que se hallaba en el umbral no era Bob, sino un desconocido, un hombre muy alto y delgado.

Vestía ropas antiguas, como un sayal negro con cinturón de cuero. Debía ser viejo, pero recio y duro. Los cabellos eran de un gris amarillento, enmarañados como si hiciera años que no hubiera pasado por ellos ningún peine.

Pero, lo que más asustó a Eleonor fueron sus ojos extrañamente grandes, sorprendentemente cargados de malicia, unos ojos cuyas cejas eran como líneas quebradas, ángulos en vez de curvas suaves.

Aquel hombre estiró su mano con evidentemente intención de atrapar una de las muñecas de Eleonor. Está, en una reacción instintiva, se echó hacia atrás.

—¿Quién es usted? ¡Márchese!

El desconocido quiso entrar en la roulotte. Eleonor, para impedirlo, empujó la puerta y él hizo lo propio, demostrándole que su fuerza era muy superior a la de ella, pues la empujó violentamente hacia el interior de la caravana.

Eleonor cayó contra el rincón de la roulotte destinado a cocina, un lugar pequeño y comprimido como todo allí dentro, pero al alcance de su mano quedó un cuchillo que no dudó en empuñar, casi con torpeza.

El desconocido había entrado en la roulotte y se enfrentaba a ella. Eleonor, amenazándole con el cuchillo, le advirtió:

—Si se acerca, se lo hundo.

—Estúpida, tú estás viva, tú estás bien —le fue diciendo con voz profunda que parecía cargada de aire, como brotando del interior de una sima por la que escaparan vapores calientes y azufrados que obligaban a retroceder para no envenenarse.

—¡Márchese, márchese! —suplicó más que exigió.

—Tú estás bien, tú puedes ser mi acólito —le dijo sin que ella comprendiera mientras en torno suyo dejaba un cerco de agua que caía de su vestimenta, de su pelo empapado que se le pegaba a la cabeza y parte del rostro.

—¡Bob vendrá en seguida, márchese!

El intruso alzó una mano. Eleonor levantó la hoja del cuchillo, pero aquel desconoció, con la otra mano, golpeó duramente en el bajo vientre de la muchacha que se quedó casi sin respiración.

Después, la sujetó por la muñeca y ambos forcejearon. El, retorciéndole brutalmente la mano, logró arrebatarle el cuchillo que recogió mientras obligaba a Eleonor a inclinarse retorciéndole el brazo.

La muchacha sintió la punta del cuchillo en su garganta y la voz maligna de aquel hombre que silabeaba:

—Si no obedeces, si gritas o tratas de escapar, te degollaré como a una cerda.

—¡No, no me haga nada! —suplicó Eleonor, sollozante.

El desconocido, sin soltarle la muñeca, demostrándole que en sus dedos poseía una fuerza nada común, la sacó de la roulotte. Eleonor notó la fuerza de la lluvia helada sobre su cuerpo.

El intruso estiró de ella alejándose de! campamento; consigo llevaba el cuchillo.

Eleonor, que aún notaba dolor en el bajo vientre, se sentía arrastrada hacia el interior del bosque como si su mano hubiera sido encadenada.

No cabía duda alguna de que aquella mano dura, esquelética y amenazante, era la misma que aprisionara el brazo de Diana al asomarse a la ventana del hostal la noche anterior.

Aquel desconocido de aspecto y actitudes diabólicas, había pretendido llevarse a Diana. No lo había conseguido y ahora probaba suerte por segunda vez, llevándose a una muchacha consigo. Parecía importarle poco que no fuera Diana, el caso era llevarse a una mujer joven.

Eleonor sentía unos deseos instintivos e imperiosos de gritar para que alguien la oyera y acudiera en su ayuda. Su razón, embotada por el pánico atroz que la atenazaba, le impedía pensar que en medio de aquella lluvia torrencial nadie iba a oírla.

Tropezó innumerables veces y otras tantas medio cayó al suelo, hiriéndose en las rodillas, pero aquel desconocido no parecía dispuesto a detener su marcha por nada.

De pronto, fue él quien la arrojó al suelo, tan empapado como ella misma. El agua le caía ahora sobre el rostro, le golpeaba los ojos, un agua que rezumaban los propios árboles.

Aquel ser diabólico puso el afilado cuchillo de cocina sobre el cuello. Eleonor lo notó y tuvo pavor de que su vida terminara allí, degollada como una bestia destinada al sacrificio.

¿Y qué podía hacer para evitarlo? La lluvia la cegaba y el acero hería su

piel. Aquel individuo espectral tampoco decía nada, se mantenía quieto, amenazante, y la joven no tardó en comprender por qué.

A pocos pasos de distancia descubrió a un hombre que aligeraba el paso bajo la lluvia. Sus zancadas eran largas y firmes, sin titubeos. Era Bob Warner.

El deseo de gritar, de llamarle, fue muy grande, pero el terror a que el acero seccionara su garganta, su tráquea, sus venas, fue más grande aún y permaneció quieta mientras tragaba algo. No supo bien si era la lluvia que golpeaba contra su boca o las lágrimas que nada más nacer eran engullidas hacia el interior.

CAPITULO XI

Nada más llegar al campamento, Bob Warner se percató de que la puerta de la roulotte se hallaba abierta y que la lluvia la golpeaba furiosamente.

Se precipitó hacia el interior y en cuanto vio varias cosas caídas, comprendió que había habido lucha.

Lo primero que hizo fue abrir la puerta corredera tras la que se hallaba la inconsciente Magda. Suspiró con alivio al verla allí quieta, dormida, sin daño aparente.

—Magda, Magda, ¿qué ha pasado? —la atrajo hacia sí y la estrechó como si fuera una criatura.

Magda no respondía. Continuaba inconsciente, era como si ya no deseara vivir.

Había vivido el horror en sus carnes y como decían los psiquiatras, debía haber descendido un telón en su vida, un telón que la aislaba del resto del mundo al que había cogido un terror demoledor.

—Magda, haz un esfuerzo, te lo suplico, despierta, despierta. Todo no se ha perdido, estamos tú y yo, por favor, escúchame.

Le cogió el rostro entre sus manos y lo llenó de besos en las mejillas, sobre los párpados, en la frente y en los labios.

—Por favor, podemos tener más criaturas, los médicos han dicho que estás bien, que puedes tener más hijos. Despierta, te lo suplico...

Magda seguía insensible a sus palabras, a sus súplicas.

Pasado aquel primer momento en que Bob Warner había temido que a Magda le hubiese ocurrido algo tan terrible como lo que le sucediera a la aviadora, se quedó sentado al borde de la cama en la que volvió a tender a Magda con sumo cuidado.

—Dios, Dios, ¿por qué a nosotros todo esto?

Permaneció un tiempo en silencio, quieto, con los ojos cerrados, como si meditara. De pronto, recordó la puerta abierta, las cosas caídas.

—¡Eleonor! —gritó.

No hubo respuesta, en la roulotte no estaba.

Salió de ella y fue hacia los vehículos; ni en el coche ni en el jeep la encontró.

—¡Eleonor! —gritó de nuevo, poniendo las manos en forma de bocina.

Regresó a la roulotte. Comprendió que la joven había desaparecido y no por su propia voluntad, allí estaba la evidencia de la lucha.

Buscó en el cajón donde guardaba la pistola, la tomó en su mano y se la guardó en el bolsillo.

Cerró la puerta de la roulotte y fue hacia el jeep. Haber presenciado la caída del planeador les había impedido tomarse tiempo para plantar la gran tienda que el profesor y sus discípulos llevaban consigo. En el jeep debían estar los impermeables que evitarían que los jóvenes se empaparan y corrieran

el riesgo de enfermar.

Comenzó a buscar entre la montaña de paquetes, tarea nada fácil. Había ropas y víveres, todo confusamente mezclado.

Dio un resoplido de impotencia y optó por tomar una decisión grave.

Regresó a la roulotte, buscó un plástico grande con el que cubrió a Magda y la tomó en sus brazos. Salió corriendo de la roulotte y la introdujo en el jeep. La sentó y la sujetó con el cinturón de seguridad, colocando ropa entre el cinturón y el cuerpo de Magda para aminorar la presión de las cintas de nylon.

—No sé lo que va a suceder, Magda, pero estamos muy cerca de ese loco satánico y hay que seguir adelante, pase lo que pase. Atrás ya no nos queda nada.

Dio a la llave del contacto. El jeep se resistió al principio pero al fin se puso en marcha. Los limpiaparabrisas comenzaron a zumbar, se veían impotentes para apartar aquel torrente de agua que les caía encima.

El camino hasta la falda del picacho era más que malo, pero ya lo conocía y había tomado la decisión de aventurarse por él.

Las horas de aquel día de principios de invierno habían caído rápidamente y nadie había parecido reparar siquiera en que no habían ni comido. La debilidad se haría notar en breve plazo y lo peor es que la noche llegaría muy pronto.

Mientras avanzaba por el pésimo camino, la lluvia disminuyó mientras el viento soplaba cada vez con mayor fuerza. Era difícil saber si se preparaba una nueva tormenta o que el cielo iba a limpiarse de nubes.

Cesó de llover casi tan bruscamente como comenzara, mas Bob Warner no desconectó los limpiaparabrisas, pues el agua que se escurría de las ramas de los árboles que allí abundaban era suficiente para enturbiar la visión.

Dispuesto a no quedarse a mitad de camino, arremetía contra los gruesos matorrales que semejaban murallas insalvables delante de él. Doblaba los troncos y luego los notaba raspar furiosamente los bajos del vehículo.

Había soslayado muchos obstáculos saliéndose del camino, pero llegó a un punto donde el sendero quedaba encajonado por rocas más altas y en el centro había crecido un pino rojo de sorprendente y grueso tronco.

—Bueno, hemos llegado al máximo —dijo, como si Magda pudiera oírle.

Seguía quieta a su lado; había soportado las sacudidas del tortuoso camino gracias al cinturón de seguridad de cuatro puntos de sujeción.

No estaba lejos de la falda del picacho. El jeep había subido y bajado grandes repechos, cruzando el bosque. Temerariamente había recorrido un largo trecho, un trecho que satisfacía a Bob Warner.

Había llegado hasta allí con el jeep para proveer de impermeables a los jóvenes y, sorprendentemente, ya no llovía, cuando todo daba a entender que la tormenta duraría mucho tiempo. El cielo se desgarraba y aparecía un ocaso que iba a precipitarles en la noche en breve plazo.

Desconectó el motor del vehículo todo terreno cuyo olor y ruido debía

captarse a mucha distancia en aquel ambiente sin ruidos ni olores de gasóleos.

Miró a Magda, preguntándose a sí mismo qué era lo que tenía que hacer en aquellos momentos en que Franciscus, Diana y Esther deberían estar sobrecogidos por el miedo.

En cuanto a Eleonor, ella debía estar peor si es que no le había ocurrido aún lo irremediable. Debía sentirse caminando por la viscosa ciénaga del terror de la que no podía escapar, secuestrada como estaba.

¿Qué pretendería el loco de las ruinas? Bob se dijo que aquélla era una pregunta absurda. ¿Qué podía esperarse de un psicópata solitario que se refugia en las ruinas, aislado del resto del mundo, unas ruinas que habían pertenecido durante generaciones a una familia de oscuros y siniestros alquimistas, venidos de muy lejos, posiblemente perseguidos por sus paisanos.

Y antes, ¿quién habría vivido en las ruinas? ¿Una hermética secta que a su vez había acabado desapareciendo, desperdigada por el mundo de lo satánico?

Se preguntó si Franciscus o las muchachas entenderían el morse. Ya no tenía objeto subir los impermeables, no llovía. Bob Warner hubiera trepado al picacho y corrido hacia las ruinas saltando de roca en roca si no hubiera tenido que dejar sola a Magda, la inconsciente Magda, sabiendo que el loco homicida iba de un lado a otro por aquellos parajes boscosos que parecía conocer muy bien.

Tocó el claxon con insistencia para llamar la atención. Estaba seguro de que desde las ruinas le oirían. Una vez hubo tocado el claxon, comenzó a llamar en sistema Morse, aunque no estaba seguro de que fueran a entenderle.

Los puntos y las rayas del claxon del jeep sonaron con toda nitidez. ¿Qué estaría ocurriendo arriba? Sólo aquel loco alucinado lo sabía.

CAPITULO XII

Eleonor se sentía agotada, desfallecida, jadeante, herida por la mano durísima de aquel ser desconocido que semejaba surgido de algún contubernio satánico, de algún sabbat inconfesable, hijo de la maldad desatada. La había golpeado con tal dureza que una vara no le habría hecho más daño.

No había tardado en comprender que gritar no la ayudaba en nada. Retrasarse del paso que él le marcaba, resultaba doloroso para su cuerpo castigado a golpes y cualquier intento de fuga no habría durado apenas unos segundos.

Pensaba en si llegaría el momento en que aquel ser tenebroso quedara como distraído y ella pudiera golpearle con una roca en la cabeza, partiéndosela si era necesario; mas, ninguna ocasión propicia se le presentaba.

No la arrastró hacia el camino del picacho, sino que, alejándose de él, llegó adonde todo eran rocas que parecían amenazantes, pues podían desprenderse unas detrás de otras y aplastar cuanto se opusiera a su caída.

—¡Adentro! —farfulló aquel ser.

Por detrás de unos arbustos espinosos, se introdujeron en un hueco, casi en los entresijos de las rocas. Quedaron en completa oscuridad.

Eleonor se golpeó la cabeza en varias ocasiones; ahogaba sollozos, lamentos de dolor.

El raptor se preocupaba muy poco de que la muchacha fuera recibiendo contusiones. En completa oscuridad, avanzaron por la angosta galería secreta que se internaba hacia las entrañas del picacho rocoso.

El se movía por la galería como si fuera un murciélago, rozando apenas las paredes, sin golpearlas, como si sus ojos vieran en la oscuridad.

Eleonor notaba que sus sienes querían reventar. Tenía quemazones y erosiones en su cuerpo que le dolían y escocían como jamás hubiera supuesto. La sangre taponaba las ventanillas de su nariz, una sangre cuyo sabor notaba en la boca.

Al fin, se hizo la luz.

Habían dado vueltas y más vueltas, ascendiendo por aquel camino secreto oculto en las entrañas del picacho.

Accedieron a una sala totalmente empedrada después de que el loco sacara un manojo de gruesas llaves y abriera una puerta de recias rejas.

Aquella sala despedía un hedor nauseabundo. Estaba iluminada por varias lámparas de aceite sostenidas por soportes de hierro forjado.

Cuando hubo cerrado la puerta de nuevo, dejó caer a Eleonor que dio con su cuerpo contra el húmedo empedrado, pues el agua se había, filtrado por alguna de las paredes.

Contuvo el grito de dolor, pero no los gemidos. En aquellos momentos desesperados, se acordó de su madre y deseó ser una niña pequeña, muy

pequeña, balanceándose en el columpio que había en el jardín de la casa de sus padres.

Alzó la cabeza y, de pronto, se percató de que aquello era una cripta.

Una de las paredes estaba llena de nichos, excavados en la propia roca. En cada nicho había un ataúd cuidadosamente depositado. Eran féretros grandes, regios.

El alucinado se había postrado en el suelo cuan largo era, con los brazos tendidos hacia adelante en lo que podía considerar un altar. Sobre éste, labrados en la propia roca de la pared, había dos grandes ojos que daban la impresión de tener vida. Y encima de los ojos, dos grandes y puntiagudos cuernos.

De pronto, algo horrendo hizo retumbar los tímpanos de la mujer.

Era una mezcla confusa de bramido, aullido y rugido, algo que resultaba muy difícil de calificar.

Al volverse, Eleonor descubrió otra puerta enrejada tras la que se agitaba enloquecida una enorme bestia que no se podía calificar como humana aunque su cabeza lo parecía.

Era mitad oso y gorila y mitad hombre, pero en proporciones nada corrientes, pues superaba los dos metros y medio. Sus brazos eran tan largos y tan peludos como el resto del cuerpo, las manos terminadas en garras se filtraron entre los barrotes ansiando hundirse en la carne de la mujer.

Esta vez, Eleonor no contuvo el chillido que fue tan largo y agudo que incluso la aturdió a ella misma, hasta tal punto que cayó hacia atrás inconsciente mientras el grito moría en su garganta.

No supo si fueron segundos u horas el tiempo que permaneció desmayada.

Cuando recobró el conocimiento, su raptor estaba frente a ella, observándola con sus ojos malignos.

—Si te portas bien, salvarás tu preciosa vida.

Eleonor desvió sus pupilas hacia la puerta enrejada. Allí estaba la extraña bestia, mirándola obsesivamente.

—¿Qué es? —preguntó apenas sin voz.

—El último de los Koswer.

—No, no puede ser. Los Koswer murieron hace más de dos siglos.

El loco alucinado se rió para explicar después:

—El padre de él murió, pero él estaba a punto de nacer y nació aquí abajo, a salvo de sus enemigos.

—Eso no es humano, no puede serlo...

—Sí, él es el superhombre. Estudios de generaciones, invocaciones al príncipe de las tinieblas, condujeron a la obtención del último de los Koswer. Es un superhombre, más alto, más fuerte, más poderoso. Su cerebro no ha hallado aún el equilibrio, pero pronto lo encontrará porque ya todo está preparado para la gran invocación y él será el asombro de los mortales. Vive aquí dentro desde hace dos siglos, cuidado por nosotros, los discípulos de su padre.

—¡No, no, usted no puede tener doscientos años!

—No los tengo, mi bisabuelo fue realmente discípulo de él. —Señaló a la extraña bestia irracional—. Nosotros hemos cuidado las ruinas, hemos ahuyentado a los intrusos y castigado a los merodeadores.

—Pero, ¿cómo, cómo nacían ustedes?

Volvió a reírse y después explicó:

—Durante la noche visitábamos los pueblos y las villas de los alrededores. Mis antecesores violaban a las mujeres seleccionadas y esperaban. Si nacían varones, dejaban que pasaran la infancia y luego los secuestraban. Yo fui uno de esos niños. No sé quién fue mi madre, pero mi padre, cuando tuve uso de razón, me trajo aquí y me preparó para seguir las enseñanzas de los Koswer, maestros en la alquimia más hermética.

—¿Y usted, tiene, tiene hijos? —preguntó temblando.

Aquel ser, seguidor de las fantasías diabólicas de los Koswer, respondió:

—Todavía no.

Eleonor se estremeció, un terror indescriptible recorrió su cuerpo. Olvidó las contusiones y desolladuras ante lo que podía sucederle.

—Déjeme, déjeme ir...

—¿Sabes cuál es la misa de San Secario?

—No, no lo sé.

—Es la misa negra a través de la cual se consiguen los favores que puede concedernos nuestro amo y señor. Esta misma noche, la llevaremos a cabo. Se comienza al revés, se farfulla toda la misa, la hostia es negra, de tres puntas, y el vino es el agua de un pozo en el que se ha ahogado a una criatura nacida sin nombre y que no ha recibido el bautismo. Yo conseguí esa criatura tras larga espera, ya tengo el agua y tú me ayudarás, serás mi acólito. La misa de San Secario terminará a las doce en punto y, entonces, el último de los Koswer sentirá sobre su cabeza el soplo de la inteligencia. Será el superhombre que dominará al mundo.

Eleonor volvió a mirar la puerta enrejada y se horrorizó al pensar que podía llegar a crearse aquella raza que no podía llamarse humana, una nueva especie creada por unos locos alucinados y diabólicos que habían jugado con la genética, lo mismo que se jugaba con la genética en asépticas clínicas y hospitales de las más modernas ciudades de la Tierra.

En la mente de hombres perturbados, bullía siempre la idea de crear superhombres y sólo conseguían monstruos abominables.

CAPITULO XIII

Franciscus, Diana y Esther descendieron por el tortuoso y empinado camino lleno de recodos hasta que descubrieron los faros encendidos.

—¡Es el jeep! —gritó Franciscus.

Aceleraron el paso y no tardaron en llegar junto al vehículo. Bob Warner los vio llegar y saltó del jeep.

—Menos mal que habéis captado las señales de Morse.

Los tres muchachos se miraron entre sí. Franciscus explicó:

—No sabemos Morse, pero al oír tanto el claxon hemos supuesto que nos llamaba y como ya no llovía...

—Menos mal.

Diana se asomó al vehículo. Viendo a Magda sujeta por el cinturón de seguridad, preguntó:

—¿Y Eleonor, se ha quedado en el campamento?

—No. Eleonor ha desaparecido, lo mismo que el cadáver del profesor.

—¿Lo veis? —Exclamó entonces Esther—. Ha tenido que ser ella.

Franciscus aclaró:

—Hemos oído un grito o mejor, un chillido de mujer.

—¿Dónde?

—Salía del pozo, pero como allí han quedado las manos de la pobre aviadora...

—¿Habéis vigilado la entrada a las ruinas?

—Sí, y no la hemos visto —explicó Esther.

—Eso quiere decir que hay otra entrada, pero no podemos perder tiempo buscándola. Eleonor debe estar pasándolo muy mal.

—Pobre Eleonor... ¿Puede ocurrirle lo mismo que a la aviadora? —gimió Esther desmoronándose, incapaz de resistir más.

—Es posible, pero ¿cómo impedirlo, por dónde hay que ir? Estas ruinas deben tener algún secreto que no ha podido desentrañar la policía ni quienes han estado buscando por aquí.

De pronto, Franciscus puso su mano sobre el hombro de Bob Warner. Este no comprendió, pero siguiendo la mirada de Franciscus observó una figura femenina que se alejaba.

—Magda...

—No grite, va como sonámbula —le dijo Franciscus.

—Vamos despacio tras ella —pidió Bob—. Quizá sí sepa adónde va.

Magda, con los ojos cerrados, avanzó de igual forma que si llevara los ojos abiertos y a pleno día. No tropezaba con nada. Aquello asombró y tranquilizó al mismo tiempo a Bob que temía por ella.

No buscó el camino de ascenso a las ruinas, sino que rodeó el picacho hasta introducirse por detrás de un arbusto y entre unas rocas, como si conociera aquel recóndito lugar desde siempre.

—Hay un pasadizo por aquí —musitó Bob Warner, preparando su linterna.

Los cuatro fueron en pos de Magda que avanzaba como siguiendo un rastró, como lo hubiera hecho un perro olfateando.

Se internaron por el pasadizo secreto. Bob Warner iluminó con la linterna dejando que Magda se distanciara de ellos para no perturbarla.

El camino por el interior del montículo rocoso se hizo largo. Los muchachos tropezaron y se golpearon en diversas ocasiones, pero no se quejaron en voz alta para no delatar su presencia.

Magda se detuvo al llegar frente a una reja a la que aferró sus manos, una puerta enrejada que le impedía avanzar. Al otro lado había luz.

Bob Warner y los demás llegaron tras ella justo cuando Magda rompió su largo silencio con un grito de rabia y angustia.

—¡Mi hijo, devuélveme a mi hijo!

Dentro de aquella cripta en las entrañas del picacho rocoso, el loco de las ruinas semejaba celebrar una extraña ceremonia farfullando palabras. Eleonor casi se arrastraba por el suelo detrás de él como si fuera una perra desnuda y apaleada, con pupilas casi idiotizadas.

Magda movía los hierros de las rejas con su furia de madre y sus gritos despertaron a la aberrante bestia que el loco alucinado había dado en llamar el superhombre, el último de los Koswer, el principio de una nueva raza. Se trastornó y rugió y aulló a su vez.

Eleonor, al ver a Magda, intentó correr hacia la puerta. El loco se dio cuenta y en su mano apareció como una punta de piedra con la que asestó un golpe tal en la nuca de Eleonor que cayó al suelo con los ojos abiertos.

—¡Maldito asesino! —rugió Bob.

El loco se acercó a la reja donde se aferraba Magda. Bob Warner cogió a su mujer y la echó hacia atrás.

—¡Habéis abortado la misa de San Secario de esta noche, pero habrá otra y otra hasta que el último de los Koswer sea el primer superhombre de un nuevo mañana!

—¡Abre la puerta! —le exigió Bob.

—¡Estáis locos, locos! —Se rió el propio alucinado—. Tengo aquí muchos secretos que descubrieron los Koswer y ya no podréis escapar, no lo conseguiréis...

Se acercó a una pared de la que colgaban varias cadenas y cogiendo con fuerza una de ellas, la estiró. Casi al mismo tiempo, se escuchó un fragor detrás de ellos.

—¡Estamos perdidos! —Exclamó Esther—. ¡Ha cegado con rocas el pasadizo, no podremos escapar!

La polvareda llegó hasta ellos, haciéndoles toser.

El loco reía satisfecho en la cripta, creía tener dominada la situación.

—Entregadme a esa mujer, a la madre de la criatura, y dejaré marchar a los demás. Si no lo hacéis, moriréis todos.

—Franciscus, toma la pistola y dame el rifle.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Diana.

Bob Warner no respondió a la muchacha. Introdujo el cañón del rifle a través de las rejas y amenazó:

—Abre esta puerta o te mato, loco del demonio.

El alucinado no se amilanó ante el rifle; quizá fuera por su locura o desconocimiento del poder de un arma de fuego moderna.

Warner apuntó a su cabeza. Lo vio claramente y muy grande a través del teleobjetivo que a tan corta distancia no le era necesario. Montó el dedo sobre el gatillo, mas no lo presionó pese a que era un asesino peligrosísimo.

Bob Warner sacudió la cabeza, incapaz de ejecutar a aquel monstruo alucinado. Había estado esperando aquel momento y al llegar a él, era incapaz de convertiré en verdugo.

—Apartaos —dijo de pronto, retrocediendo.

Se echaron atrás. Franciscus sujetaba a Magda que estaba como trastornada en medio de aquel polvo que les cegaba y hacía toser.

Se escucharon dos detonaciones. Sendas balas de gran potencia hicieron saltar la vieja cerradura de la reja que Bob Warner terminó abriendo de una patada.

El loco, sorprendido, retrocedió de nuevo hacia las cadenas. Al ver avanzar a Bob con el rifle por delante, se agarró a otra cadena y tiró de ella como hiciera con la anterior.

Se alzó la reja que encerraba a la bestia, una aberración de la genética. ¿Quién sabía con qué habían sido cruzados los espermatozoides de una familia de dementes para conseguir semejante monstruo irracional, un ser horrendo, grande y velludo, armado de grandes mandíbulas y garras que avanzó hacia ellos.

—¡Atrás! —pidió Bob.

La bestia fue directa hacia Bob Warner que comenzó a dispararle balas.

Esta encajó los impactos que la hacían balancearse pero no la detenían, era algo fantásticamente diabólico.

Bob iba contando las detonaciones y al percatarse de que sólo le quedaba un proyectil, levantó el arma y disparó a la cabeza, entre los ojos de aquel monstruo, aberración de aberraciones.

La última y potente bala fue fulminante, definitiva. La bestia cayó hacia atrás, golpeando el suelo con su pesado cuerpo.

Magda arrebató la pistola al sorprendido Franciscus y corrió hacia el loco.

—¡Mi hijo, mi hijo! —exigió, temblorosa.

—Tu criatura está ahogada en el pozo del agua maldita.

Tras decir aquello, el loco corrió hacia la bestia muerta y se inclinó sobre ella con una desesperación incontenible. Para él, aquel monstruo era toda su vida. Por él había asesinado y torturado.

Comenzaron a oírse detonaciones, una tras otra. El alucinado fue recibiendo los impactos en la espalda, sufriendo las contracciones mientras se derrumbaba sobre aquella aberración genética que, al parecer, había

sobrevivido más de dos siglos.

Tac, tac, tac, se pudo escuchar aún tras el último estampido. Magda había consumido el cargador de la pistola vaciándolo en el cuerpo del asesino de las ruinas.

EPILOGO

Bob Warner conducía el vehículo por la autopista que llevaba al Mediterráneo, hacia la luz, hacia la tierra donde los fantasmas y los monstruos no tenían cabida.

Tras ellos rodaba ligera la roulotte, pero Magda viajaba sentada a su lado. No se mostraba tan risueña, tan jovial como había sido siempre, pero había recobrado en gran parte la normalidad. Ella también hacía un esfuerzo por olvidar.

Los hombres del policía habían llegado a las siniestras ruinas, encontrando la enorme mazmorra de la bestia con muchos restos humanos, docenas de calaveras de seres que debía haber devorado. También se halló el pozo del agua maldita y los restos de una pequeña criatura ahogada en él. Magda había insistido en verla, lloró y la hizo enterrar.

La pesadilla había concluido en tragedia, pero había terminado.

Bob Warner, sin dejar de conducir, alargó su mano y la puso en el vientre de su esposa.

—¿Aún no sientes nada? —le preguntó.

—Tonto —sonrió ella.

—Pues, seguiremos insistiendo...

Hundió el pie en el acelerador haciendo que llegara al motor más chorro de gasolina mientras rebasaban a un pesado y lento camión.

FIN